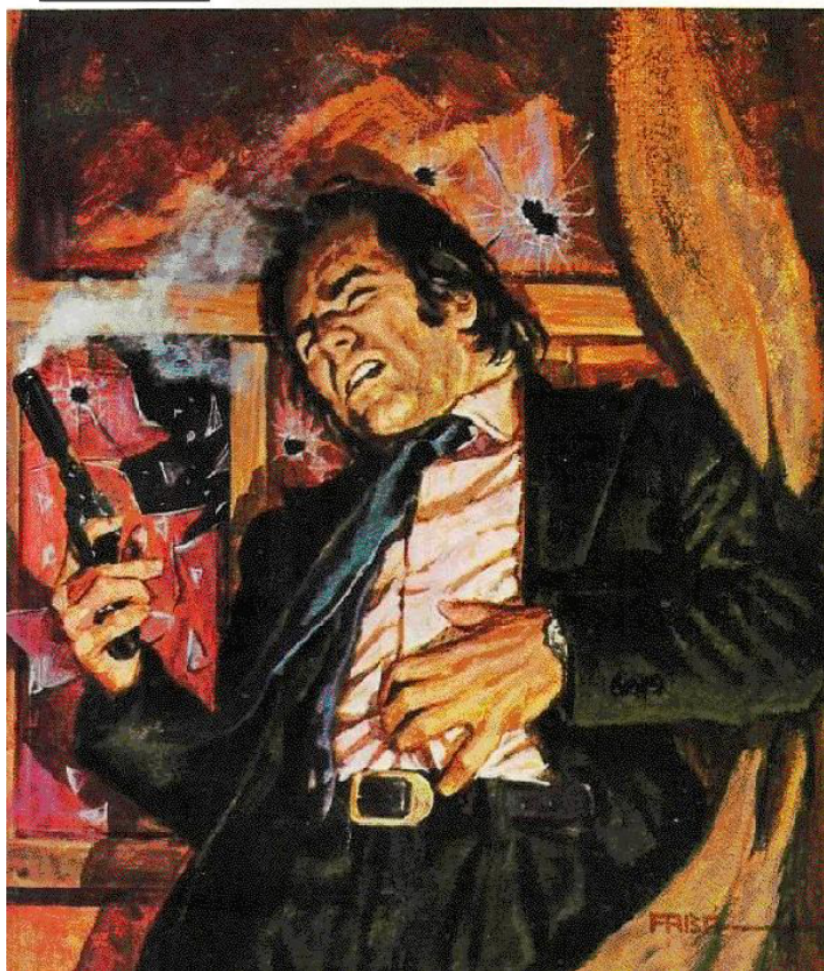


BOULEVARD BRUGERA
PUNTO
ROJO

mañana se acaba el mundo

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

MAÑANA SE ACABA EL MUNDO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 706
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.357 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: noviembre, 1975

© Keith Luger - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.315 — Crimen para supersticiosos.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

702 — Cava tu fosa, muchacha.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

860 — La gran jugada del destino.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

304 — Dos locos forajidos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

John Adams, director del *Star*, levantó su copa llena de champaña.

—Caballeros —dijo—, ha sido un honor para mi contar entre mis redactores a Burt Finney... Las crónicas que nos envió durante seis años desde Moscú pusieron a prueba su inteligencia, y lo prepararon para conseguir ese magnífico galardón que le ha sido otorgado por nuestros colegas de París: el «Gran Premio del Humor Negro» por su libro *No habrá más guerras...* Brindo porque Burt Finney continúe dándonos los magníficos frutos de su cerebro.

Se escucharon aplausos y, luego, las personas reunidas en el despacho del director levantaron también sus copas.

Burt Finney, de veintiocho años, moreno, ojos azules, facciones simpáticas, levantó sus dos manos al mismo tiempo, la derecha ocupada con su copa, y la izquierda con una guillotina, el trofeo con que le habían obsequiado sus compañeros de la dulce Francia.

Después de beber, Finney tuvo que soportar abrazos y apretones.

Uno de los teléfonos de la mesa del director se puso a sonar.

John Adams descolgó dos de ellos infructuosamente antes de acertar con el que hacía repiquetear la campanilla.

Era un hombre de unos cincuenta años, robusto, de cuello poderoso, cara en la que denotaba una gran energía.

—¿Sí...?

—Señor Adams... Le hago esta llamada para informarle de algo muy importante...

—¿Con quién hablo...? —preguntó Adams, cubriéndose el otro oído con la mano izquierda para ensordecer el alboroto que armaban sus subordinados.

—No puedo decirle mi nombre, señor Adams —respondió su interlocutor.

—¿Por qué?

—Usted lo comprenderá cuando le transmita mi informe...

—¿Qué tiene que decirme...?

—Sólo es un mensaje de cinco palabras, señor Adams. Éste es el mensaje: Mañana se acabará el mundo.

John Adams se quedó de muestra. Apartó la mano izquierda del oído y metió el dedo por el agujeró, sacudiéndolo.

—Oiga, no le he entendido bien —dijo.

—Claro que me entendió, señor Adams... Pero se lo repetiré: Mañana se acabará el mundo.

Adams soltó una carcajada.

—¿Lo encuentra gracioso, señor Adams?

—Sí, mucho...

—¿Por qué?

—Usted es amigo de Burt Finney y sabe que en estos momentos estamos celebrando que haya recibido el «Gran Premio del Humor Negro»... Usted ha querido sumarse al homenaje, y le aseguro que ha tenido un buen detalle... Imagino que es de la profesión, y no tendría ningún inconveniente en recibir algún trabajo de usted... Ya sabe, para la página literaria de los domingos.

—Sólo está diciendo tonterías, señor Adams... No sé quién es ese Finney de quien me está hablando... Tampoco estoy al corriente de que haya recibido premio alguno...

—Oiga, compañero. Hice un alto en mi trabajo de quince minutos para agasajar a nuestro antiguo colaborador... Perdone que cuelgue, pero sólo quedan tres minutos para solazarme. Hasta la vista.

Dicho esto, Adams colgó.

Finney estaba haciendo un experimento con su guillotina. El crítico teatral, Alee Charterton había puesto una cebolla en el lugar conveniente de la máquina de degollar.

—Allá va —dijo Burton, y dejó caer la hoja de brillante acero.

La cebolla quedó partida en dos trozos.

—Eh, Burt —dijo Alee—. Préstamela para cortar las manos a esos autores de vanguardia.

Adams, sonriente, se acercó a Finney.

—Burt, no resultó tu broma.

—¿Cuál de ellas?

—La de ese fulano que pagaste para que me diese el mensaje de

cinco palabras.

—No te entiendo.

—Mañana se acaba el mundo.

—¿Eh...?

—Deberías admitirlo. Estás derrotado. Y, ¿sabes lo que te digo? Ese premio te ha hecho pensar que los demás tenemos un pepino sobre los hombros, en lugar de una cabeza.

—Lástima que no me hayan regalado una guillotina de tamaño natural, John —repuso el autor premiado—. La habría probado contigo.

Las palabras de Finney provocaron grandes carcajadas entre sus compañeros.

Otra vez sonó la campanilla del teléfono.

Adams, que también estaba celebrando con risas la salida de Finney buscó con la oreja el teléfono que sonaba. Era el mismo de antes.

—¿Qué pasa ahora?

—Soy yo, otra vez...

—Oiga, amigo, diviértase con el dinero que le dio Burt por su trabajo y déjeme en paz.

—Señor Adams, creo que toma usted muy a la ligera algo tan importante como lo que acabo de decir.

—Oh, sí, perdone... Me debo poner muy serio... Mañana se va a acabar el mundo... Qué gran cosa, ¿verdad?

—Ya me doy cuenta de qué no me cree... Tendré que darle algunas pruebas...

—Sí, comprendo... Puede decirme, por ejemplo, que hoy será de noche a las seis y media de la tarde, o que, en cualquier pueblo de Alabama un negro será linchado por el Ku Klux Klan.

—No, señor Adams... Eso sería demasiado fácil.

—¿Qué se le ocurre, entonces, señor x?

—¿Qué hora es en este momento, señor Adams...?

John Adams consultó su reloj.

—Las cinco y ocho minutos.

—Le daré cuenta de tres hechos que ocurrirán a las cinco y diez... Es decir dentro de dos minutos... Será en tres ciudades distintas, y tan alejadas unas de otras como Nueva York, Bombay y El Cairo...

—Oiga, es un bonito juego. Le felicito. Tiene gran imaginación.

—Espere un poco a darme sus felicitaciones, señor Adams.

—Claro que sí, señor x —contestó Adams con ironía.

—En Bombay, en la avenida Clive, arderá el hotel Victoria... Es un hotel en el que se alojan los occidentales... Morirá mucha gente.

—¿Qué más? —preguntó Adams, divertido.

—En Nueva York, estallarán las calderas del barco que esté más próximo al edificio de las Naciones Unidas.

—¡Bravo, amigo...! ¡Lo está haciendo muy bien...!

—En El Cairo un tren saltará de la vía, produciendo un descarrilamiento.

—¿Nada más?

—Eso fue todo, señor Adams... Volveré a hacerle una llamada dentro de una hora, o quizá un poco más... Sólo quiero darle tiempo para que su teletipo le traiga esas noticias.

Adams soltó una risotada por el micro.

—Oiga... Se lo repito. Es usted insustituible.

—Espero que la próxima vez que hable con usted lo tome con más seriedad, señor Adams —dicho esto colgó.

Adams dejó también el receptor en la horquilla.

Las lágrimas de hilaridad asomaban ya a sus ojos.

—Finney —dijo—. Esto fue enorme... Lo más divertido... Debían darte otra guillotina por tu sentido del humor. Ése cómplice tuyo es un buen actor... Mantuvo el tipo hasta el final.

—Eh, Adams... ¿Quieres decirme de una vez de qué estás hablando?

Adams señaló el teléfono que había utilizado, mientras se destornillaba de risa.

—En Bombay arderá el hotel Victoria, en Nueva York explotarán las calderas de un barco, en El Cairo descarrilará un tren... Y todo está pasando en estos momentos, porque ya corrieron los dos minutos...

Finney y sus compañeros se habían quedado serios, tras escuchar a su director.

Por último, el hombre por el que se celebraba el agasajo, sonrió también.

—Quiero confesarte algo, John... No comprendo tu broma... ¿En qué consiste, Adams? Explícalo y así nos podremos reír todos.

—Te ha salido el tiro por la culata, muchacho, pero no importa. Lo explicaré.

A continuación, contó la clase de conversación que había sostenido con su anónimo informante.

Los compañeros de Burt Finney rieron también con ganas. Sólo Burt Finney continuó muy serio.

—Adams —dijo por encima de las risas—. Yo no he pagado a ningún actor ni a nadie para que dijese eso.

—Acaban de escuchar ustedes el «Gran Premio del Humor Negro» —dijo Adams.

Burt Finney se puso la guillotina bajo el brazo.

—Bueno, amigos. Esta reunión resultó muy agradable. Pero ya hace unos minutos que me espera una señorita que también me quiere homenajear por su cuenta. Y os aseguro que la prefiero a todos vosotros, porque posee las piernas un poco más largas.

Finney estrechó manos, entre ellas la de Adams.

John lo vio desaparecer a través de la cristalera y meneó la cabeza.

—Un gran tipo este Burt... —hizo morir la sonrisa en los labios y dio una palmada—. Bueno, muchachos, ya terminó todo... Recuerden que esto es un diario y que hoy también nos esperan nuestros lectores.

Los redactores fueron saliendo del despacho haciendo comentarios.

Cuando Adams quedó a solas, se puso a trabajar.

Sonó un teléfono y esta vez lo acertó a la primera.

—Eh, amigo... Ya terminó la broma.

—John, ¿qué te pasa?...

Era la voz de Lilian, su mujer.

—Lo siento, querida, me puse un poco nervioso... Creí que era una determinada persona.

—¿Qué persona?

—Oye, deja de hacer preguntas. ¿Qué querías?

—Sólo recordarte que llamas a tu hermana...

John cerró los ojos. Sabía lo que había pasado entre su mujer y su hermana, que se habían peleado. Pero eso ocurría cuatro veces al año, las cuatro veces que se reunían.

—Sí, Lilian... No te preocupes. Me acordaré de llamarte.

—Dile que estoy dispuesta a perdonarla.

—Eres muy generosa.

—¿Es que te vas a poner del lado de ella?

—Querida, tengo mucho trabajo... Déjame que me ponga del lado de mi patrón, que es el que me paga.

John, en seguida, tuvo que atender a Marion, uno de los dibujantes del periódico. Traía una caricatura del «premier» Harold Wilson.

—Es buena, Marion. Dásela a Chirs y que le invente un pie.

—¿No estuvo por aquí Burt Finney, señor Adams?

—Sí, pero ya se fue.

—Ese caradura no se acuerda de sus antiguos compañeros.

Adams miró a Marion con un solo ojo. Era una mujer muy bella, no debía haber cumplido todavía los veintitrés años, y aquel sinvergüenza de Burt Finney la tenía loca por sus huesos. Pero Burt Finney había roto al fin las cadenas que lo mantenían prisionero al diario. Ahora era un autor. Su libro había sido un éxito. Ya había firmado los contratos para su traducción al francés, al alemán y a otros cuatro idiomas.

—Señor Adams, ¿me puede decir dónde se aloja el señor Finney?

Sí. Claro que lo sabía, pero se imaginó a Burt con Marion en una *suite* del hotel Carlton y no le gustó.

—Lo siento, Marion, pero Burt no dijo dónde estaría.

Era jugarle una mala faena, pero sintió un goce interior pensando, al menos, que Burt Finney no tendría a la caricaturista del *Star*.

—Lo preguntaré en el bar de Caín —repuso la joven y salió del despacho.

John Adams dio un suspiro. No había valido de nada mantener el secreto. Burt Finney tendría a Marion.

Entró Nick trayendo cuatro grandes sobres. Eran los trabajos de los colaboradores.

Primero leyó el del comentador político. Hacía un estudio de la situación en el Vietnam del Sur y a él no le darían un premio por la originalidad. Se inclinaba por la neutralización del Sudeste Asiático, lo que el general De Gaulle había pedido casi cuando era un muchacho.

Otro sobre contenía un estudio sobre la cuestión racial en los

Estados Unidos.

Nick esperaba a la otra parte mascando goma.

—Eh, Nick —dijo Adams cansado de oír chasquidos—. Se supone que soy el director del periódico, y tú, como mensajero, me debes guardar respeto.

—Sí, señor —dijo Nick, y sacó la pastilla de goma de la boca.

Adams continuó leyendo el artículo sobre los negros. Tachó con lápiz rojo una de las frases que le pareció demasiado comprometida.

Ahora entró en el despacho Glenn Beatty, uno de los redactores.

—Eh, señor Adams... El teletipo anuncia una catástrofe en Bombay.

John apartó los ojos del papel que estaba leyendo.

—¿Dónde has dicho?

—Bombay, en la India.

—Ya sé que Bombay está en la India... ¿Qué pasó?

—Se incendió el hotel Victoria... Hay muchos muertos. Las primeras cifras señalan veintidós, pero se teme más víctimas. Hay un muerto ilustre, lord Trevelyan. Como recordará, ocupó un ministerio en el último gobierno de Churchill. Adams estaba inmóvil.

—¿Le ocurre algo, señor Adams?

—¿Sabes a qué hora se declaró el incendio, Glenn? —Poco después de las cinco.

Adams sintió un escalofrío por la espalda.

—Ocúpate de todo, Glenn. Que reserven media página de la primera plana. Y dedícate a lord Trevelyan.

—Sí, señor Adams.

—Que te ayuden un par de muchachos.

Glenn Beatty salió del despacho al trote, y Adams apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

—¿Se siente mal, señor Adams? —dijo Nick.

—No, muchacho. Todo está bien —le devolvió los sobres—. Anda, llévalos.

—Quería preguntarle si ya leyó el artículo que le mandé. —No, Nick. Lo siento, no pude hacerlo hasta ahora— se avergonzó por no haberlo leído. Nick se lo había enviado una semana antes. —No te preocupes, le echaré un vistazo de hoy a mañana.

—Sí, señor Adams —le sonrió Nick—. Pero si me contrata otro

periódico, usted lo sentirá.

Nick rió sus propias palabras, enseñando sus dos dientes de arriba, que lo asemejaban a un conejo. Pero Adams no tenía ganas de reír ahora.

Cuando Nick se hubo marchado, quedose mirando el teléfono a través del cual aquel anónimo informante le había pronosticado la tragedia de Bombay.

¿Y si aquello había sido una pesadilla? ¿Por qué le daba tanta importancia? Después de todo, podía ser una simple coincidencia... ¿Coincidencia? Oh, no, de ninguna manera. ¿Cómo podía ser coincidencia que un hombre pronosticase desde Londres el incendio de un hotel de Bombay? ¡Había acertado hasta la hora!

En ese instante, entró Perry Donovan, otro redactor.

—Ah, Adams, aquí hay algo importante.

—Ya lo sé, Perry. Es lo del incendio de Bombay. Le dije a Glenn que se ocupase de eso.

—No es lo de Bombay... Se trata de una noticia que llega de Nueva York. Estallaron las calderas de un barco. El *Maryflower*... Iba lleno de turistas que hacen su viaje a través de los muelles y de Hudson. Creo que es grave... Hay ya catorce muertos, pero son más las personas desaparecidas. Treinta y tres.

La cara de John Adams estaba como el yeso.

—¿Dónde ocurrió, Perry?

¿Por qué lo preguntaba? El lo podría haber dicho.

—Frente al edificio de las Naciones Unidas —oyó contestar a Perry.

—Está bien, Perry. Tú corres con la pelota.

Perry hizo un saludo con la mano y salió del despacho.

Adams sintió la garganta reseca. Fue al lavabo y, de un armario, extrajo una botella de *whisky*. No hacía gran uso de él, sólo un trago de vez en cuando. El doctor le había dicho que no debía abusar del alcohol, o acabaría con el hígado hecho puré. Pero ahora mandó al doctor y a su hígado al infierno y bebió un largo trago.

Se volvió mirando la imagen que le devolvía el espejo.

«¿Qué dices ahora, Adams? ¿También es una coincidencia que ese tipo haya acertado que iban a explotar las calderas de un barco en el momento de pasar por frente al edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York?...»

Dejó la botella en el armario y salió precipitadamente, encaminándose al teletipo.

La máquina estaba escupiendo cinta.

La tomó entre sus dedos y leyó las letras gruesas:

«Un tren de viajeros descarriló doce millas al sur de El Cairo, procedente de Karthourm. Se teme haya habido un centenar de víctimas».

Adams dejó colgar la cinta y, con paso lento, entró en su despacho.

No. No había ninguna coincidencia. Aquel hombre, cuando le telefoneó, SABÍA que iban a ocurrir las tres catástrofes.

Encendió un cigarrillo.

Alee Charterton entró precipitadamente.

—Señor Adams, me acaban de informar de lo de Bombay... Se incendió un hotel, el Victoria... ¡Tal como dijo ese hombre que le hizo la llamada telefónica!

—Acertó algo más...

Por detrás de Charterton aparecieron Bill Murdock y Joey Wilder, los redactores que habían bebido champaña en honor de Burt Finney.

Adams esperó a que sus dos redactores estuviesen frente a la mesa, flanqueando a Charterton y entonces dijo:

—Estallaron las calderas de un barco en Nueva York, y descarriló un tren en las proximidades de El Cairo.

Sus tres interlocutores lo miraban sin habla, los ojos agrandados.

—Pero lo más grande de todo —agregó Adams—, es que al parecer, las tres catástrofes ocurrieron a la hora que él dijo... Y ahora estoy dispuesto a apostar a que no se equivocó en un solo segundo.

Bill Murdock, delgado, de mejillas chupadas, hizo bailar la nuez en la garganta antes de romper su silencio.

—¿Qué significa todo esto, señor Adams?

—Te lo recordaré si lo has olvidado, Bill... El señor x hizo sus tres predicciones para probarme que hablaba en serio al asegurarme que mañana se acabará el mundo.

Entre los cuatro hombres que se encontraban en el despacho, se hizo un silencio sobrecogedor. Por eso, los cuatro se sobresaltaron

cuando uno de los teléfonos se puso a sonar.

Adams alargó el brazo y tomó el que había utilizado para hablar con el profeta.

—¿Sí...?

Era él.

—¿Ha tenido ya noticias, señor Adams?

—Sí...

—¿Salió todo como yo dije?

—Sí...

—Entonces, ¿está dispuesto a creer que mañana se acabará el mundo?

CAPÍTULO II

Adams inspiró profundamente.

—Discúlpeme, ¿pero qué le hace suponer que mañana se va a acabar el mundo?

—Vamos, señor Adams —rió el hombre que estaba al otro lado del cable—. ¿Es que todavía no está convencido?

—Admito sus dotes como profeta, pero creo que debe tener un límite.

—Le comprendo, señor Adams, usted cree que yo profeticé lo de Bombay, lo de Nueva York y lo de El Cairo.

—De eso ya estoy convencido. Los hechos han demostrado que no se equivocó.

—No, señor Adams... Yo no profeticé. HICE posible eso hechos.

—¿Me quiere explicar el alcance de sus palabras?

—Están la mar de claras, señor Adams. Yo provoqué esas catástrofes.

Adams se quedó mudo.

Pero no hizo falta que preguntase nada porque el misterioso desconocido continuó:

—Sí, señor Adams. Yo provoqué el incendio del hotel Victoria, en Bombay. Yo hice que estallasen las calderas del barco *Maryflower*, frente al edificio de las Naciones Unidas... También yo soy responsable del descarrilamiento del tren que estaba a punto de llegar a El Cairo.

—No me hará creer eso...

—¿Necesita otra demostración, señor Adams?

—¿Quién es usted? ¡Conteste!

—No puedo decirlo, señor Adams.

—¡Es un chiflado, eso es lo que es!

—No diga eso, señor Adams... No lo diga...

—Para hablar como usted lo hace, se necesita estar loco.

—Conque me cree un loco, ¿eh?... Muy bien, asómese a la ventana y observe lo que va a pasar ante sus propios ojos. En este momento circulan muchos autos por la calle... Muy bien, uno de ellos, frente a su edificio, se incendiará. En un instante quedará envuelto en llamas. Vamos, dese prisa, señor Adams. Tiene un minuto para ir a la ventana... Y no hace falta que cuelgue, porque luego quiero seguir hablando con usted.

Adams apartó el micro de su oreja. Lo dejó sobre la mesa y miró a sus tres subordinados.

De pronto se levantó y fue rápidamente hacia la ventana, la cual abrió.

—¿Qué pasa, señor Adams? —preguntó Charterton.

—Vengan aquí, acérquense.

Los tres hombres fueron junto al director del *Star*.

Adams estaba mirando a la calle, por donde circulaban los autos.

—Ese hombre —dijo con la respiración entrecortada—, ha dicho que uno de los autos que pasan por ahí, se incendiará... Estableció un plazo de un minuto.

Los cuatro hombres miraron abajo.

La calle era una sola dirección y los autos formaban una cuádruple hilera.

Ocurrió de pronto.

Fue un auto francés, un «Tiburón» Citroen, color amarillo.

Súbitamente, quedó envuelto en llamas, como si hubiese estado impregnado de gasolina y le hubiesen aplicado la llama de un fósforo.

Una de las portezuelas del auto se abrió y un hombre salió convertido en una antorcha humana. Dio un traspie y, contorsionándose como un muñeco, se derrumbó en el suelo.

Los autos que estaban cerca del «Citroen» quisieron alejarse y algunos de ellos chocaron con los que corrían paralelamente. En pocos segundos, en la calle se produjo un gran desconcierto.

Algunos peatones lanzaron gritos.

Se oyó el pitido de un policía.

Adams no quiso ver más. Se retiró de la ventana, pálido como un muerto. Sus compañeros no lo estaban menos.

Los cuatro a una, volvieron la cabeza hacia el receptor que descansaba sobre la mesa.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Charterton haciendo un gallo con la voz.

—No lo sé, vive Dios que no lo sé... Pero quizá lo sepa ahora... Caminó hacia la mesa y atrapó el auricular.

—Oiga, ¿sigue ahí? —gritó con rabia.

—Sí, señor Adams... Aquí me tiene.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Igual que hice lo demás.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Acaso quiere que le dé otra prueba?

—No... De ninguna manera —se apresuró a contestar Adams—. No me entendió lo que quise decir... ¿Cómo ha podido provocar la catástrofe de Bombay... desde aquí...? Y lo mismo me pregunto con respecto a la de Nueva York y a la de El Cairo.

—Ése es mi secreto.

—¿Adónde quiere ir a parar? ¿Qué es lo que pretende?

—Ya se lo he dicho, señor Adams... Mañana se va a acabar el mundo. Y yo voy a ser quien termine con él.

—Ya entiendo... Se trata de un chantaje. Quiere dinero. Exigirá una cantidad y si no se la dan, usted... —Adams se interrumpió porque le parecía increíble que él dijese eso—. Usted acabará... con el mundo.

—No, señor Adams. No quiero ningún dinero.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Simplemente, quiero hacer una advertencia al mundo entero. A todos los componentes de esta Humanidad ambiciosa. Durante siglos, solamente han pensado en amasar fortunas. Nadie se ha preocupado de nada.

—Me temo que es usted demasiado severo. Siempre ha habido excepciones.

Adams cubrió el micro con la mano.

—Eh, oiga, Alee, póngase en contacto con la policía... Han de localizar inmediatamente esta llamada.

De pronto le llegó la voz del desconocido.

—No haga eso, señor Adams... Dé contraorden inmediatamente.

—¿Qué cosa...?

—Acaba de decir a uno de sus subordinados que viste traje gris y corbata roja, que localice mi llamada. No lo haga, o colgaré

inmediatamente.

Adams estaba más impresionado que nunca. ¿Cómo podía saber el señor x a cuál de sus subordinados había dado la orden?

Hizo una señal a Aleé, que ya se disponía a alcanzar uno de los teléfonos, y le habló sin preocuparse de cubrir el micro.

—Déjalo, Aleé. No llames.

—¿Por qué?

—El sabe todo lo que estamos hablando aquí.

Aleé parpadeó, aturdido, confuso.

Adams preguntó a su misterioso interlocutor:

—¿Qué estaba diciendo de la Humanidad, señor x?

—Que merece un castigo y que yo se lo voy a proporcionar...

—No puede usted hacer eso. No lo puede hacer... Piense en los seres inocentes.

Adams se interrumpió observando las caras de asombro de sus empleados. Se había obsesionado. ¿Cómo era posible que llegase a admitir eso?

Era una locura o una estupidez.

—He pensado en todo, señor Adams... y sólo dejaré a un hombre y a una mujer... A dos ejemplares de la especie para que puedan procrear una nueva Humanidad... Espero que sus hijos y los hijos de sus hijos tengan otra condición.

Adams echó de menos la botella de *whisky* que había dejado en el armario.

—Voy a admitir por un momento que todo lo que me dice es cierto.

—Gracias, señor Adams.

—¿Por qué me ha informado a mí?

—Usted posee un diario de gran difusión.

—Hay otros que tienen más tirada...

—Es posible. Pero lo que publica el *Star* adquiere una gran trascendencia y sus noticias son recogidas por otros periódicos. Lo pensé mucho tiempo antes de elegir un medio de difusión. Finalmente, me decidí por la Prensa, y de entre ellas, elegí un periódico. Cuando usted de la noticia en el *Star*, significará que, pocas horas más tarde, estarán en marcha las emisoras de televisión, las de radio, y los demás periódicos...

—Pero ¿para qué? Usted podría haber acabado con el mundo sin

necesidad de hacer ninguna publicidad.

—Sólo he pretendido que los hombres se den cuenta de lo que va a ocurrir. Que se pongan en paz con sus conciencias... Que, al menos durante unas horas, sean buenos con sus semejantes.

Adams estuvo a punto de repetir aquella frase: «Usted está loco». Pero se mordió el labio inferior y no lo dijo.

Indudablemente, aquel individuo lo estaba, pero la primera cuestión que se planteaba era si tendría aquel poder de acabar con la vida del globo terráqueo. ¿No era una prueba en su favor que hubiese provocado aquellas catástrofes en tan distintos y lejanos lugares de Londres?

—Señor Adams, espero que publique las ediciones extraordinarias que hagan falta para dar la mayor publicidad a mi decisión. Gracias por todo.

—¡Espere!

—¿Qué quiere, señor Adams?

—No me ha dicho a qué hora terminará el mundo.

—Todavía no lo he pensado. Lo llamaré de nuevo. ¿Le parece bien mañana a las nueve?

—No lo entiendo. Palabra que no. Esto es completamente inverosímil...

—Recuerde nuestras dos conversaciones y lo que le dije a través de ellas. Y, especialmente, señor Adams, no olvide las pruebas que le he dado de mi poder.

—Oiga... Quiero hacerle una pregunta.

—Ya hizo demasiadas, señor Adams.

—Será la última.

—Está bien... Hágala.

Adams miró otra vez a Bill Murdock, a Joey Wilder, a Alee Charterton, quienes escuchaban todo lo que él decía conteniendo el resuello, perplejos, como si se hubiesen convertido en figuras de piedra.

Al fin, hizo la pregunta que le quemaba los labios.

—Oiga, ¿es usted un ser humano? Quiero decir, ¿una persona de carne y hueso como yo...?

Se interrumpió la comunicación. Su interlocutor había colgado.

—Eli... Oiga... —Adams golpeó la horquilla repetidamente—. ¡Espere...! ¡No me contestó a la pregunta...!

Pero de la otra parte solo llegó un zumbido monocorde, la señal clara de que ya no era escuchado.

CAPÍTULO III

—Tus piernas son muy largas, Moira.

—¿Te gustan. Burt?

—Mucho... Siempre soñé con cenar con una mujer de piernas tan esbeltas como las tuyas.

—¿Y sólo te gustan mis piernas? —dijo Moira una pelirroja, mientras hacía una caída de ojos.

Burt sintió un cosquilleo en la nuca.

Los dos estaban cenando en la *suite* de Burt, en el hotel Carlton.

Moira entreabrió sus labios rojos. Sonrió mostrando unos dientes como perlas.

Burt se sintió impresionado por el perfume del hermoso cuerpo de la joven y, sobre todo, por el efluvio magnético que parecía emanar de las verdes pupilas.

Alargó los brazos para rodear a Moira por la cintura.

Ella quería que la besase, y por él no quedaría.

Pero en ese instante sonó el teléfono.

Burt interrumpió su movimiento de tenaza.

—¿Quién será? —dijo—. Siempre hay gente inoportuna. Perdona, Moira...

Burt se levantó y fue a la mesa ratona. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿Señor Finney? —le contestó la voz servicial del empleado del registro—. Aquí hay una señorita que pregunta por usted...

—Por favor, dígame que mañana firmaré autógrafos de mi obra en la librería de Alexander Smith.

Burt colgó y se volvió sonriente.

Moira ya no estaba en la mesa. La vio sentada en el diván, las piernas cruzadas. Tenía un cigarrillo sin encender en los labios.

—¿Me das fuego, Burt...?

Estaba tan seductora en aquella posición que Burt se quedó sin

habla.

—¡Oh, sí, fuego...!

Logró encontrar el encendedor al tercer intento y, acercándose a Moira, hizo brotar la llama.

Moira le sujetó la muñeca y aplicó la punta del cigarrillo a la llama del encendedor.

Después, arrojó una nubecilla de humo a la cara de Burt.

—Querido, fuiste muy astuto.

—¿Yo?...

—Me invitaste a cenar, y yo creí que me llevarías a alguna parte...

—Siempre he pensado que dos personas que tienen algo que decirse deben cenar a solas, sin que nadie los moleste.

La campanilla del teléfono sonó otra vez.

—¿Nadie, querido? —contestó la joven con ironía.

—Debe ser una admiradora recalcitrante.

Descolgó otra vez.

—Señor Finney, es la señorita de antes —dijo el empleado servicial.

—Oiga, dígame que le deje su dirección y le mandaré una fotografía con una dedicatoria especial. ¡Y también le regalaré un libro!

Hubo una pausa.

—Disculpe, señor Finney, pero esta señorita dice que no le interesa su libro...

—Ah, ¿no? —contestó Burt con cierto desconsuelo. Pero en seguida agregó—: No debe saber leer, ¿eh?

—Dice que es una antigua compañera suya.

—Tuve muchas compañeras en el colegio. ¿Cuál de ellas...?

—Espere, señor Finney... Va a hablar con ella.

—¡Oh, no! —Burt hizo un gesto angustiado hacia Moira, la cual estaba escuchando con las cejas enarcadas.

Pero oyó una voz femenina a la otra parte del hilo.

—Burt..., ¿es que no te acuerdas de mí...?

Finney se rascó una patilla. No identificaba aquella voz. ¿Por qué diablos lo molestaba aquella chica ahora?

—Soy Marion...

—¿Marion?

—Ya veo que me has olvidado, pero te voy a recordar alguna de tus frases... «Siempre te tendré presente, querida Marion... Sobre todo, te echaré de menos cuando me encuentre rodeado por la nieve de Moscú»...

Burt se mordió el labio. ¿A cuántas mujeres le había dicho que las echaría de menos cuando se encontrase sumergido en el frío glacial de Rusia...?

Durante sus seis años de corresponsalía en Moscú, había utilizado con bastante asiduidad el truco, y casi siempre le dio resultado. Las mujeres que lo escuchaban se habían dado prisa en servirle fuertes dosis de calor, para que las almacenase.

—¿Cómo iba a olvidarlo, Marion? Claro que me acuerdo, querida... Oye, deja tu tarjeta al encargado y no olvides tu número de teléfono. Mañana te haré una llamada. Quedamos de acuerdo. Saldremos juntos. Jugaremos con la nieve...

—¿Qué nieve?

—Oh, sí, perdona. No estoy en Moscú.

—¿Por qué no bajas ahora y me invitas a cenar...?

—¿Ahora...? Oh, no puedo, Marion... Estoy celebrando una reunión de negocios.

—¿De negocios?

—Tengo mi editor aquí... Un ruso. Sí, también ellos tienen ganas de reírse.

—Apuesto a que todavía no sabes quién soy...

—Claro que lo sé, Marion.

—Marion, ¿qué más?

—Querida, nunca tuve memoria para los nombres... Pero no te preocupes. El tuyo nunca se me olvidará..., después que lo haya leído en esa tarjeta que le vas a dejar al encargado del registro... Te llamaré, ¿eh...? Buenas noches...

Burt colgó y dio un suspiro.

—Una antigua amiga... —sonrió a la pelirroja Moira.

—¿Es muy viejecita?

—Oh, sí... Unos cincuenta años. Vecina mía. Me planchaba los pantalones...

Burt se pasó el dedo por el cuello de la camisa. Demonios, aquella Moira estaba más atractiva a cada minuto que pasaba. Uno de los delgados tirantes de su vestido de noche se había deslizado

por el hombro cautivador y fascinante.

Burt se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Moira... Quiero decirte algo antes de que sea demasiado tarde.

—Dime...

—Eres maravillosa...

—¿Qué más?

—Creo que te he estado esperando toda la vida.

—Sigue...

—Te echaré mucho de menos cuando me encuentre rodeado por el frío glacial de Moscú.

—¿Otra vez te vas a ir a Moscú?

—Oh, no... —Burt se golpeó la frente. No sabía lo que decía—. Sólo he de ir a Oxford la semana próxima. He de pronunciar una conferencia... Sí, Moira, te echaré mucho de menos cuando esté entre aquella gente sesuda.

—Pues si no me quieres echar de menos, existe un medio. Llévame contigo a Oxford.

Burt no podía llevar a Moira a Oxford por la sencilla razón de que iba a llevar a Deborah Barton, una modelo que había tenido mucho éxito tres meses antes presentando una colección de bikinis.

—No puede ser, Moira...

—¿Por qué no puede ser?

—Porque he invitado a mi tía...

—Pero, Burt, tú me dijiste que no tenías familia...

—La ignoro siempre que puedo, pero tía Edith es algo terrible... Soy su sobrino favorito, y por nada del mundo se quiere perder verme allí, en una tribuna de Oxford, pronunciando una conferencia sobre «El humor inglés y su influencia en el ocaso del Imperio británico».

—Todavía podías arreglarlo, Burt. Nunca pude ir a Oxford... Nunca. En mi casa éramos muy pobres. Y ahora se me presenta la oportunidad de conocerlo contigo.

—Te aseguro que no vale la pena... Además, tú y yo podremos ir otro día.

—Pero no será lo mismo. Tengo un abrigo de piel de leopardo, que daría el golpe entre esas cabezas de huevo.

Burt se imaginó llegando a Oxford con Moira y su abrigo de

leopardo. Cerró los ojos para apartar la imagen de su mente.

¿Por qué estaba perdiendo el tiempo?

Le quitó el cigarrillo de entre los dedos y lo aplastó en un cenicero.

Se inclinó sobre la joven.

—Moira... —dijo con voz súbitamente enronquecida—. Hoy me di cuenta de lo que significas para mí...

Ella entreabrió los labios. Estaban rojos y húmedos, y Burt se dispuso a besarlos.

En ese momento se abrió la puerta y una joven entró rápidamente, diciendo:

—Perdona, Burt, pero quise conocer a tu editor ruso.

Burt quedó con la boca abierta mirando a la joven que acababa de entrar. Tenía algo que le recordaba a alguien.

Marion dio una vuelta sobre sí, mirando los detalles de la habitación.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está, quién? —repuso Burt, amoscado.

—El ruso...

La bella Moira apretó los maxilares.

—Aquí sólo estamos nosotros. No es el Kremlin. Y si no es demasiado pedir, ¿quieres decirme quién eres tú?

—Marion Ratigan.

Burt dio un respingo. Aquel nombre le agujereó la mente. Sí, claro, él había conocido a una Marion Ratigan. Pero ¿dónde...?

Marion echó fuego por los ojos. Tenía las manos a la espalda.

—Te ayudaré, Burt... Soy la caricaturista del *Star*, y hace tres años me dijiste lo que le estabas diciendo a esta pelirroja de pega... Sólo que ella no te va a creer una palabra, y yo te lo creí todo... Y fui lo bastante estúpida para esperarte seis meses. Por fin logré olvidarte, y cuando lo conseguí, me dije que algún día te lo haría pagar. Sí, Burt. Prometí que te haría cierta cosa... Y ha llegado el momento de hacerlo...

Marion había hablado con mucha rapidez, y también ahora obró endiabladamente. Sacó las manos de la espalda. En ellas tenía una tarta. Todo pasó muy prisa. Hizo un movimiento y hundió la tarta en la cabeza de Burt.

La pelirroja Moira dio un gritito y se apartó de Burt para no

quedar impregnada con el dulce.

Burt se había quedado quieto y la tarta le resbalaba por el cabello, por la cara, por los hombros...

—Sí, Burt —dijo Marion—. Esto es lo que prometí que haría, y es lo que he hecho... Ahora puedes continuar con tu pelirroja...

Dio media vuelta y salió de allí tan de prisa como había entrado.

—Eh, ¿quién es esa fiera? —preguntó Moira.

—Marion Ratigan, una compañera mía que trabajaba en la redacción del *Star*, como dibujante —contestó Burt recordando algunos detalles del pasado.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—Nada.

—Algo debió pasar para que la chica haya reaccionado así...

Burt fue hacia la mesa y en su camino dejó un rastro de tarta.

Tomó una servilleta y se puso a limpiarse la cara.

—Moira, te aseguro que no le dije a Marion más de lo que puedo haberle dicho a otra mujer.

—Los hombres... —dijo Moira haciendo un gesto de ironía.

En aquel momento, el teléfono se puso a sonar, y Burt lo miró con odio.

—Debe ser otra vez ella —murmuró rabioso—. Seguro que se le olvidó decir algo.

—Déjalo sonar...

—No. Ahora me toca a mí...

Burt recorrió con rapidez la distancia que lo separaba del teléfono y lo descolgó.

—¡Escúchame bien esto, Marion...! —gritó—. ¡Pudiste, al menos, comprar una tarta de fresa...!

—¿De qué estás hablando? —Oyó al otro lado una voz varonil—. Soy John Adams...

Burt cerró los ojos. Tenía que admitir que estaba en su día malo.

—Adams, no has debido mandarme a Marion Ratigan...

—Oye, deja a Marion tranquila... No te llamo para saber lo que ha ocurrido entre tú y ella, sino para decirte que todo salió como el tipo dijo...

—¿Es que la gente de Londres se volvió loca durante mi ausencia...? De pronto, viene aquí una chica y me tira una tarta en la cabeza... Y ahora me hablas tú de algo que no entiendo...

—Mañana se acaba el mundo...

—¿No lo dije? ¡Estáis todos chiflados...!

—Eso pensé yo, que también lo estaba el hombre que me llamó cuando tú te encontrabas en mi despacho. Aquel que creí que habías pagado para gastarme una broma.

—Tranquilízate, Adams... Estás muy nervioso... ¿Qué es lo que pasa?

—¿Recuerdas lo que vaticinó ese fulano?

—Sí, claro... El incendio de cierto hotel en Bombay... La explosión de las calderas de un barco de Nueva York... El descarrilamiento de un tren en El Cairo...

—¡Lo acertó todo!

—Demonio, es una quiniela que se va a pagar bien...

—¡Burt, no es momento para chistes de humor negro!

—Eres tú el del humor.

—Te estoy hablando en serio, Burt... Nunca lo hice con mayor seriedad en mi vida... Te repito que lo acertó. Lo del incendio, lo del estallido de las calderas, lo del descarrilamiento del tren... Estaba ocurriendo cuando todavía brindábamos por tu éxito.

—Imagino que ya lo tendrás contratado... Pregúntale de mi parte, quién será el campeón de liga de este año.

—¡Burt...!

—Perdona, John, pero no puedo tomarlo de otra forma.

—El *Star* está lanzando una edición extraordinaria. ¿Y sabes cuál es el titular?

—Es muy fácil de adivinar, aunque yo no soy profeta: «Mañana se acaba el mundo».

—Sí, Burt...

—¿Qué más?

—Se me olvidó decirte que ese desconocido nos hizo una prueba de regalo. Incendió un auto ante nuestras narices... Murieron las dos personas que iban dentro... ¿Crees aún que es asunto de broma...?

—¿Cuánto pidió...?

—Ahí está lo bueno. Yo también creí que era cuestión de dinero... Sólo quiere que la Humanidad piense en sus pecados, pero nos fulminará a todos... Bueno, sólo dejará a una pareja. Un hombre y una mujer... Imagino que elegirá a dos buenos

ejemplares...

—¿Yo y quién más...?

Adams hizo rechinar los dientes.

—Celebro que lo tomes así... Eso justifica mi llamada. Eres la única persona capaz de seguir haciendo chistes después de saber que está viviendo sus últimas horas...

—Eh, Adams, cuelga. He de llamar a un tipo que me debe dos libras.

—Burt..., ¿podemos hablar formalmente?

—Está bien, suelta.

—Quiero que te encargues del asunto.

—¿Qué asunto?

—¿Qué va a ser? ¡Dar con el tipo que se dispone a acabar con la vida en la tierra!

—Oye, eso es cosa de la policía... Yo soy un escritor humorístico. Además, voy a estar muy ocupado... Ya que se aproxima mi final, quiero decirle un par de cosas a una pelirroja que tengo a mano.

—Burt, si me dejas ahora en la estacada, le darás la razón a ese tipo.

—No te entiendo.

—Dijo que va a acabar con la Humanidad porque en nuestro mundo nadie piensa en los demás.

—¿Has hablado con Scotland Yard?

—Claro que sí. Con el superintendente Lionel Reed.

—¿Y qué dijo?

—Después de escucharme la historia, me envió dos hombres con una camisa de fuerza... Llamé también al presidente de la Academia de Ciencias, lord Farago, y me dejó con la palabra en la boca... Sí, Burt, eso es lo que hizo, colgar... Nadie quiere escucharme... Todos creen que estoy loco... Y me pregunto si no lo estaré realmente si todo lo que está pasando solo está pasando en mi cabeza.

—¿Dispones del colaborador científico?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un profesor de Cambridge, jubilado, se llama Oscar Conway.

—¿Cuál es su especialidad?

—La física.

—¿Ya has hablado con él?

—Sí, y dijo que todo eso era la mar de interesante. Me anunció que se llegaría a la redacción en media hora.

—Está bien, ¿quién más puede ayudarnos? Me refiero al orden científico.

—No sé, en estos momentos no sé...

—Trata de encontrar dos tipos que sepan distinguir entre un microscopio y una máquina de fotografiar.

—Burt..., Por favor. No, más cosas ingeniosas.

—Adams, iré por ahí en seguida. En cuanto tome una ducha.

—¿Una ducha...?

—Una empleada tuya me llenó la cabeza de azúcar.

Antes de que Adams pudiese agregar algo más, Burt dejó el receptor en la horquilla.

Se quitó la chaqueta, camino del cuarto de baño.

—Burt —dijo Moira.

Entonces se acordó de ella. Todavía estaba allí, en el diván.

La atractiva pelirroja tenía los ojos agrandados.

—¿Qué es lo que pasa?

Burt fue hacia ella, la tomó de un brazo y la puso en pie.

—Querida, me acaban de decir que el mundo está a punto de acabarse. ¿No te gustaría volver a tu pueblo con tu mamáita?

Moira parpadeó y de pronto se echó a reír con estridencia.

—Ahora comprendo por qué te dieron ese premio...

—Pues ya sabes más que yo. Porque yo todavía me pregunto por qué me largaron la guillotina —contestó Burt, mientras acompañaba a Moira hacia la puerta.

—¿Es que no me vas a llevar a casa?

—No puedo, nena.

—Pero yo creí que tú y yo, esta noche...

—Sí, yo también lo creí, pero a alguien se le ocurrió cambiar nuestros planes.

—¿Has tomado en serio eso de que se va a acabar el mundo?

—Oh, no, de ninguna manera...

—Nadie puede acabar con una cosa tan gorda, ¿verdad. Burt?

—Oh, claro que no... Además, somos mucha gente. Ni siquiera la televisión ha podido acabar con millones de personas al mismo tiempo. Sólo consiguió fastidiarlas.

—¿También eso es un chiste, Burt?

Burt palmeó las mejillas de Moira.

—No, querida. Mis chistes son más sencillos. Te explicaré un par de ellos la próxima vez que nos veamos. Te llamaré mañana o el infinito que viene.

Ella cerró los ojos e hizo un hociquito.

—¿No te vas a despedir de mí con un beso, Burt...?

Burt miró los labios de la joven. Seguían siendo rojos, suaves y húmedos, pero ya no les encontró ningún atractivo. Sin embargo, los besó, pensando que tal como estaban las cosas, no tendría oportunidad de volver a hacerlo.

CAPÍTULO IV

Oscar Conway, profesor jubilado de la Universidad de Cambridge, se frotó las manos y sonrió. Sus ojos casi le salían de las órbitas.

—El fin del mundo... Esto es maravilloso... Increíble.

Hacía su comentario después de haber escuchado el relato de John Adams, el director del *Star*.

La reunión se celebraba en la sala de juntas del diario.

Asistían a ella, además del director, Burt Finney, los redactores Bill Murdock, Joey Wilder, y el crítico teatral Alee Charterton. Adams no había podido encontrar a los dos científicos extra que le pidió Burt.

Todos se habían quedado asombrados mirando al profesor.

—Doctor Conway —dijo Adams haciendo un esfuerzo por contenerse—. ¿Qué es lo que encuentra de maravilloso en esta situación?

—Es la mar de sencillo. Nunca pude creer que alguien lograra acabar con nuestro planeta.

Adams se pasó la mano por la cara y miró a Burt pidiéndole auxilio.

El joven intervino:

—Profesor, me temo que ninguno de nosotros está deseoso de que alguien acabe con la vida de nuestro planeta. Desde luego, admitimos que ocurren cosas que no son de nuestro agrado, pero opinamos que, con el tiempo, se irán corrigiendo muchos defectos.

—Cierto, muy cierto —cabeceó el profesor Conway.

—Ahora nos hemos reunido aquí en un esfuerzo común para hallar el medio de impedir que alguien nos estropee las vacaciones del próximo verano.

—Yo pienso pasarlas en Irlanda —repuso el doctor Conway—. ¿Conocen el valle de Scranton? Es uno de los rincones de la tierra

donde se continúa haciendo una vida primitiva... La aldea de Scranton sólo tiene sesenta habitantes, y ellos mismos se fabrican la ropa...

Adams, la mano sobre la cara, miró al colaborador científico de su diario por entre los dedos y apretó los dientes.

—¡Olvídese de Scranton y de sus sesenta habitantes! ¡Si nosotros no lo remediamos, mañana, a estas horas, ese valle habrá dejado de ser una Arcadia Feliz!

—Sí, doctor Conway —intervino de nuevo Burt—. El señor Adams, tiene razón... Recuerde, doctor, ese desconocido que hizo su llamada por teléfono, se dispone a hacer limpieza. Sólo dejará a un hombre y una mujer, y seguro que ellos no pertenecen a la aldea de Scranton...

—No, no se puede consentir eso... La gente de Scranton es muy buena...

—Estupendo, doctor, empezamos a entendernos.

Adams dio un chillido.

—Oigan, ¿qué clase de conversación sostienen?

El crítico teatral, Charterton, se apresuró a alargar a su director dos comprimidos y un vaso de agua.

Adams despachó las pastillas distraídamente, en un gesto mecánico.

—Doctor Conway —habló Burt—. Ha sido usted informado por el señor Adams de la forma en que se produjeron las catástrofes en Bombay, Nueva York y El Cairo, así como del incendio del automóvil francés... ¿Tiene alguna duda acerca de eso?

—No, señor.

—Entonces le haré mi pregunta, Conway... ¿Cuál cree que fue el procedimiento utilizado para provocar todo eso?

El profesor dejó de sonreír, y sus ojos giraron en las órbitas como cuentas sueltas. Sus labios bisbisearon algunas palabras ininteligibles.

—Está claro —dijo pegando un puñetazo sobre la mesa.

—Pues dígalo, si ya dio con el secreto —gimió Adams—. No se entretenga más. ¿No ve que estamos pendientes de sus palabras?

—Un rayo láser.

—¡No puede ser! —exclamó Adams—. No hace quince días visité los laboratorios de la Hamilton Company, y allí me hicieron una

demostración del rayo láser.

Oscar Conway sonrió.

—¿Qué pruebas le hicieron, señor Adams?

—Me mostraron el valor terapéutico del rayo láser.

—Le entiendo. Sí, es cierto que el rayo láser va a contribuir al avance de la ciencia médica, en general, y de la cirugía en especial... Muy pronto, gracias al rayo láser, se podrán realizar operaciones en el cuerpo tamaño que hace años parecían inconcebibles. Pero, señor Adams, el rayo láser tendrá otras muchísimas aplicaciones. Y, desgraciadamente, una de ellas será como un arma destructiva.

—Está bien, señor Conway —cabeceó Adams—. También me explicaron eso. En un futuro próximo, el rayo láser podrá tener la categoría de un rayo mortal. Pero todos los países civilizados encuentran dificultades insuperables para incluir el rayo láser entre sus armas ofensivas.

—Alguien ha podido vencer esas dificultades, ¿no le parece, señor Adams? Alguien que haya conseguido un rayo láser limpio.

—¿Qué quiere decir limpio?

—Un rayo láser obtenido a partir de un elemento capaz de convertir toda su energía en luz.

—¿Qué elemento es ése, señor Conway?

El profesor sonrió a Burt.

—Es lo que yo también quisiera saber, señor Finney.

Adams pegó otro puñetazo a la mesa.

—¡Tiene que saberlo, profesor! ¡Para eso le pagamos!

—Señor Adams, si yo conociese un elemento a partir del cual pudiese conseguir un rayo láser limpio, le aseguro que no necesitaría para nada el sueldo que usted me paga. —Conway levantó la barbilla—. Las mayores potencias del mundo se disputarían el honor de tener al frente de sus equipos científicos al honorable e ilustre doctor Oscar Conway.

Adams hizo un gesto compungido.

—Bueno, estamos como al principio.

—No, hemos adelantado un poco —le corrigió Burt—. Y nuestro profesor tiene una hipótesis.

—El dice que es un rayo láser, pero podía ser otra cosa... ¿Cómo diablos puede ser enviado desde Londres un rayo de esa clase a

Bombay, a Nueva York, a El Cairo?

—Disculpo su ignorancia, señor Adams —repuso Conway—. Pero un rayo láser que dimanase de un elemento, para mi desconocido, podría fácilmente llegar a cualquier parte. Dependería única y exclusivamente de su onda.

—Profesor —dijo Burt—. ¿Qué posibilidades hay para conseguir ese rayo de tal elemento?

—Muy pocas. Yo diría que actualmente existe una posibilidad entre un millón.

—¿Por qué?

—No existe ningún elemento capaz de dar un rayo láser limpio.

—¿No se podría conseguir, quizá con una combinación? —Automáticamente el rayo láser no sería limpio.

—¿Y qué me dice de la escala actual de elementos?

—Hay 104 elementos. Los dos últimos han sido descubiertos recientemente. He leído estudios que se han hecho sobre hallazgos y les garantizo que ni el 103 ni el 104 son capaces de emitir un rayo luminoso con los efectos destructivos que se han ocasionado en esas ciudades.

—Burt —dijo Adams—. Olvidamos algo importante.

—¿Qué cosa?

—Ese hombre, el señor x, por llamarlo de alguna forma, no contestó a mi última pregunta, recuerda cuál fue... Le pregunté si era un ser humano de carne y hueso como yo. —Hizo una pausa—. Y me colgó sin contestar.

—Tenemos que abandonar cualquier idea de este tipo, Adams.

—¿Por qué?

—Porque si no se trata de un ser humano, esta reunión no serviría para nada.

—¿Piensas tú que va a servir de algo?

—Tú eres el primero en tener una esperanza. En caso contrario, no te habrías preocupado de convocarnos en esta sala.

—De acuerdo, Burt... Tengo una esperanza, ¿qué hacemos con ella? ¿La enterramos ya?

—¿Cuándo saldrá la edición extraordinaria del *Star*? Adams consultó su reloj.

—Dentro de veinte minutos.

—¿Qué crees que va a pasar?

Adams se encogió de hombros.

—Yo que sé, supongo que algunos se encogerán de hombros y otros lo tomarán a risa.

—¿Haces un relato de los hechos tal como se han producido o lo adornas por tu cuenta?

—Creo que nunca he sido tan objetivo. No hago el menor comentario. Quiero que cada cual haga el suyo, el que le parezca...

—A mí, personalmente, me gustaría que la gente se lo tomase a risa.

—No te preocupes. Es lo más probable que ocurra.

—Pero si produce una ola de pánico, será muy difícil que se detenga.

—Sí, conozco esa psicosis. Orson Wells nos dio un ejemplo cuando realizó aquella emisión sobre la Guerra de los Mundos, de Wells.

Burt Finney se apretó el puente de la nariz.

—Profesor Conway, usted debe conocer a los especialistas de nuestro país capaces de conseguir un rayo láser limpio.

—No conozco a ninguno.

—No me ha entendido. Quiero decir a las personas que están experimentando en ese sentido.

Oscar Conway se quedó pensativo y al fin contestó:

—Sólo conozco a dos con la capacidad necesaria para conseguir algo en ese campo.

—Dígame quiénes son.

—El primero es el profesor Albert Kerr.

—Hábleme de él.

—Es un físico alemán, naturalizado... Llegó a nuestro país antes de 1939. No estaba de acuerdo con las ideas de Hitler. Trabajaba en todo lo concerniente a la luz. Logró varios descubrimientos importantes, pero la realidad es que participó muy poco en el hallazgo del rayo láser. Sin embargo, es un hombre con una gran preparación en su especialidad. Ya ha debido cumplir los setenta años.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—Sí, en 1954. En una conferencia que dio en Cambridge.

—Estamos en el año 1970, señor Conway. ¿No ha visto al profesor desde entonces?

—No, señor.

—¿Y qué hace?

—Tiene un laboratorio en las afueras de Londres, en un arrabal llamado Sanford... El profesor Kerr lleva una vida absolutamente retirada. Según he oído decir, hace tres o cuatro años fue llamado a la Academia de Ciencias para recibir un premio, iba a asistir el príncipe de Edimburgo, en representación de la reina, pero el profesor Kerr rechazó el premio.

—¿Cuántas personas trabajan con el doctor Kerr?

—Su esposa y un ayudante.

—Está muy enterado de eso.

—Es la información que me dieron. Tengo buena memoria, señor Finney.

Adams ya estaba consultando una guía telefónica.

—Aquí ésta —dijo—. Albert Kerr, Avenida Lynch, 232, Sanford.

Burt tomó el auricular y marcó el número que le dio Adams.

Oyó zumbar tres veces la señal antes de que descolgasen.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer.

—¿Habló con el domicilio del profesor Kerr?

—Sí, ¿quién llama?

—Soy Burt Finney, periodista, y quisiera hacer una consulta con el señor Kerr.

—Espere. Lo llamaré.

Adams había descolgado un supletorio por el que escuchaba.

Cubrió el micro con la mano y dijo:

—Identificaré la voz de nuestro hombre, si es él.

Transcurridos unos segundos, se oyó a la otra parte una voz ronca:

—Soy el doctor Albert Kerr... Señor Finney, ¿qué es lo que desea?

Burt miró a Adams y éste le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Doctor Kerr, ¿qué opina del rayo láser...?

El alemán nacionalizado al inglés, contestó sin titubear:

—Es un gran descubrimiento de nuestro siglo.

—Pero no diría lo mismo si sirviera de arma para destruir la Humanidad.

El profesor Kerr rió desde el otro lado.

—Se han dicho muchas fantasías acerca del láser.

—¿Entonces? ¿No cree usted que pueda ser el rayo de la muerte en el futuro?

Esta vez el doctor titubeó.

—Espero que el rayo láser nunca se convierta en eso, señor Finney... Admito como posible que el láser sea dominado por el hombre, hasta el punto de convertirlo en un arma, pero no estoy dispuesto a admitir que llegue a ser algo tan destructivo como, por ejemplo, la bomba de hidrógeno.

—¿Por qué no, doctor?

—El rayo tiene sus límites.

—¿Qué límites?

—Se refieren a su producción... Hasta ahora sólo se logró conseguir el rayo láser a partir de elementos que no dan un rayo limpio.

—¿Y si se encontrase algún elemento capaz de dar un rayo absolutamente limpio, doctor Kerr?

—No, señor Finney. No existe ese elemento.

—¿Tiene esperanzas de que se consiga?

—No es mi especialidad, señor Finney.

—¿Quién me podría informar a ese respecto?

—Lo siento, señor Finney. No estoy en condiciones de contestar. Fue muy amable al consultarme.

Inmediatamente, el doctor Kerr interrumpió la comunicación.

—No —dijo Adams—. Estoy seguro de que no era el hombre. El tono y el timbre eran distintos. Ya conocimos a uno. ¿Quién es el segundo, profesor Conway?

Burt se dirigió al profesor Conway.

—Dijo que había dos hombres.

—El doctor Andrew Wilson también está apartado de las funciones docentes, aunque hasta hace seis años ejerció una cátedra en una universidad de California. Según me han contado allí tuvo un incidente con un especialista de su campo, el doctor David Taylor... Al parecer, el doctor Taylor estropeó un experimento que estaba realizando el doctor Wilson. Llegaron a las manos. Con ese motivo, el doctor Wilson presentó su dimisión, que fue aceptada. Después regresó a nuestro país.

—¿Qué hace aquí?

—Cuenta con una industria.

—¿Qué clase de industria?

—Electrónica desde un punto de vista industrial. Fabrica aparatos de televisión, proyectores cinematográficos, y muchos otros objetos... Su compañía se llama la Wilson Limited.

—Imagino que el doctor Wilson no hará una vida tan retirada como la del doctor Kerr.

—No, señor. He podido ver al señor Wilson en un par de pensiones, siempre en reuniones de carácter científico. Hace un par de años, sin ir más lejos, presentó una monografía acerca de la aplicación del rayo láser en medicina.

—¿Sólo en medicina?

—Desde luego.

Adams ya había encontrado el número telefónico del doctor Wilson y lo dio a Burt, el cual marcó en el dial.

Esta vez contestó en seguida una voz varonil.

—Domicilio del doctor Wilson.

—¿Quién llanta?

—Burt Finney, periodista del *Star*.

—Lo siento, señor Finney, pero el doctor Wilson no le puede atender.

—Es urgente...

—Perdóneme, pero le repito que el doctor no puede hablar con usted en estos momentos.

—¿Por qué no?

—Se encuentra en su laboratorio.

—Muy bien. Póngame con el laboratorio.

—El señor Wilson dijo que no se le molestase por ningún concepto... Le ruego me disculpe, señor...

El hombre que estaba a la otra parte cortó la comunicación.

Adams y Burt se miraron.

—Podía ser nuestro hombre, Burt —dijo el director del *Star*, y, continuación, dio la dirección de Andrew Wilson.

—Iré personalmente a hablar con el doctor Wilson... Doctor Conway, ¿me quiere usted acompañar?

—Yo, ¿por qué?

—Quizá necesite sus conocimientos científicos... Sería imperdonable que perdiésemos el tiempo.

—Disculpe, pero tenía que dar una clase.

Adams intervino:

—¿Cómo se le ocurre dar una clase sabiendo que mañana se termina el mundo?

—Tiene razón... Iré con usted, señor Finney.

—Tengo mi auto abajo. Vamos.

—Burt —dijo Adams—. Comunícame inmediatamente lo que sepas.

—Descuida. Serás informado.

Adams tenía una gran confianza en Finney y por ello había recurrido a él. El joven había demostrado su inteligencia y habilidad durante su estancia en Moscú y en otras partes del mundo.

Burt cruzaba en compañía del profesor Conway la sala de redacción, cuando vio sentada a una mesa a Marion Ratigan.

Se excusó ante el profesor y se encaminó hacia la joven.

—Hola —dijo.

Marion alzó los ojos y, al ver allí a Burt, arrugó el ceño.

—No me digas que viniste a devolverme la tarta.

—No tuve tiempo para comprar tartas. De modo que me compensaré de otra forma.

Con mucha naturalidad, Burt se agachó sobre la joven, la tomó por el brazo y la besó fuertemente en la boca.

Cuando él se apartó, la joven parpadeó confusa.

—Esto... esto es una injusticia —tartamudeó.

—Muy bien. Si lo crees así, puedes entablar ya la demanda.

Adams se acercó a ellos.

—Marion, vete con Burt Finney.

—Con este hombre no voy a ninguna parte.

—Es una orden, Marion... Quiero que abras bien los ojos y dibujes todo lo que veas... ¡Puede ser importante!... ¿Qué es lo que digo? ¡Puede ser transcendental! ¡Lárguense de una vez...!

Burt volvió a tomar a la joven por el brazo y dijo:

—Andando, chica, nos espera el deber.

Ella apretó sus dientes, mirando a Burt con ojos furiosos.

—Si vuelves a compensarte otra vez, te partiré la espinilla.

Burt se echó a reír.

—No me tientes, querida, no me tientes...

Seguidamente, los dos jóvenes y el colaborador científico Oscar Conway, se encaminaron hacia su gran aventura.

CAPÍTULO V

La niebla había caído sobre Londres.

El reloj del Big Ben desgranó unas tristes campanadas.

Habían llegado a su destino, la casa donde vivía el doctor Wilson, cerca del Támesis.

Al salir del coche, Marion oyó unas pisadas que se perdían en la oscuridad y no pudo menos que estremecerse.

—Burt —dijo—. Hace una noche para que un estrangulador haga de las suyas.

—Estoy seguro de que serías un cebo apetitoso para él.

—Mi director no me envió para eso.

—Aquí es —oyeron al profesor Conway.

Se reunieron ante una puerta enrejada, que Conway estaba abriendo con chirrido de goznes.

Vieron un pequeño jardín y luego una corta escalera que conducía a la puerta de la casa.

Una ventana estaba iluminada, en el ala derecha.

—Vamos allá —dijo Burt, tras inspirar profundamente.

Apretó el timbre y en el interior sonó un carillón. Transcurrió un minuto antes de que abriese una mujer que parecía formar parte de un relato de Allan Poe.

Tenía la cara muy pálida, los ojos hundidos en las órbitas, y el cabello negro como el ala de un cuervo, recogido en un moño sobre la nuca.

—¿Qué desean?

Burt se presentó a sí mismo y a sus compañeros.

—Pertenece a la redacción del *Star* —agregó—. Deseamos hablar con el doctor Wilson.

—Lo siento, pero el doctor no los puede atender.

—Eso es lo que nos dijeron por teléfono. Por eso vinimos personalmente... El asunto es grave y urgente. No podemos

marcharnos sin hablar con él, señora...

—Soy Ana Wilker, el ama de llaves del doctor Wilson.

Pasen y veré si el doctor les puede recibir.

Pasaron a un vestíbulo, y la señora Wilker se encaminó hacia la habitación que habían visto iluminada desde fuera.

—¿Cuántos años tendrá este caserón? —preguntó Marion mientras miraba las armaduras que les flanqueaban y las pinturas de las paredes.

El profesor Conway contestó:

—Yo aseguraría que la casa fue construida hace cuatrocientos años, aunque la han rebozado algunas veces.

—Y seguro que el doctor Wilson cuenta aquí con un laboratorio igual al del doctor Jekyll.

Se oyeron pasos por la izquierda, y apareció un hombre que arrancó un grito a Marion porque creyó encontrarse ante el mismísimo míster Hyde.

Su cabello estaba en desorden, las cejas espesas, el hocico prominente, y todos pudieron observar que también tenía pelos en las manos.

—Soy Peter Redmond, el ayudante del doctor Wilson —dijo—. ¿Esperan, quizá a mi jefe?

—Sí, doctor Redmond —contestó Marion—. Pero podemos volver otro día si está experimentando con usted.

El doctor Redmond sonrió enseñando una fea dentadura.

—Ya terminó conmigo.

—Pues lo hizo muy mal.

—Sé a lo que se refiere, señorita... Pero yo creo que el doctor Wilson hizo algo que ningún otro cirujano del mundo hubiera podido conseguir. Darme un aspecto humano.

—¿Usted cree...?

—Tenía que haberme visto cuando me sacaron de aquel automóvil... Sufrí dieciséis fracturas y mi cara había sido devorada por las llamas. El primer doctor que me atendió dijo que yo era un despojo humano, y que me moriría irremisiblemente... Pero no sólo me salvé, sino que el doctor Wilson me volvió a convertir en hombre... No hay otro sabio como él en la tierra... Absolutamente ninguno.

Diciendo esto, Redmond se fue por junto a la escalera y

desapareció en la oscuridad.

Marion sintió un estremecimiento.

—Buri —dijo—. ¿Estuve hablando realmente con un hombre de cara fea?

—Sí, querida...

—Qué maravilla —exclamó Conway, embelesado—. Hace algunos años vi fotografías del doctor Redmond.

—¿Era ya tan feo? —inquirió Marion.

—No. Era un hombre bastante bien parecido.

—Entonces debería pedirle una indemnización al doctor Wilson por haberlo tratado de esa forma.

—No sabe lo que dice, señorita Ratigan... Usted no es una mujer científica... Vi las fotografías de Peter Redmond después de su accidente, en la Riviera. Su cara era como una de esas momias egipcias. Sólo había quedado el hueso y un paisaje lunar... Sus manos también estaban abrasadas. El doctor Wilson ha hecho un milagro... Hoy es un gran día para mí, se lo aseguro... He podido ver al doctor Redmond después de la operación... El doctor Wilson jamás quiso publicar fotografías del experimento...

—Lo comprendo. Nunca habría tenido como clientes a os artistas de cine.

En aquel momento, apareció la señora Wilker.

—El doctor Wilson ha decidido recibirles.

—Muchas gracias —repuso Burt.

—Pasen, por favor.

Entraron en la habitación, que resultó ser una biblioteca.

El doctor Wilson era un hombre de unos sesenta años, le talla mediana, carirredondo, de frente abombada y barbilla picuda. Defendía los ojos con lentes de alta graduación.

Burt expuso las razones de aquella visita.

El doctor Wilson escuchó atentamente sin hacer una sola interrupción. Luego, cuando Burt hubo terminado contestó:

—Comprendo los motivos que les han impulsado a venir a mi casa, pero debo decirles que no tengo nada que ver con esa amenaza...

—¿Experimenta usted con el láser, doctor Wilson?

—Sí, como muchos otros científicos de mi especialidad... Pero yo sólo he utilizado el láser para bien de la Humanidad.

—Hemos conocido fuera a su ayudante, el doctor Redmond.

—Entonces, les dará una idea de lo que yo he conseguido con el láser.

—Sin embargo, usted no ha comunicado sus hallazgos.

—Lo admito, señor Finney. Pero estoy decidido a llegar a una perfección que me permita mostrar al mundo mis descubrimientos.

—Me temo que ese momento nunca se llegará a producir, doctor Wilson...

—Oh, sí, usted se refiere a la amenaza de destrucción que pende sobre nuestras cabezas...

—Una amenaza que, me permito recordar, será efectiva mañana... ¿O es que no cree usted en la existencia de un arma tan poderosa?

El doctor Wilson se pellizcó el puntiagudo mentón.

—Sí, señor Finney. Creo en esa posibilidad.

El profesor Conway dio un respingo.

—Doctor Wilson, ¿cree usted que ya existe un elemento a partir del cual se ha podido conseguir un rayo láser limpio?

—Sí, profesor Conway...

—Pero eso es asombroso —exclamó Conway con los ojos abiertos—. ¿Quién ha podido realizar un descubrimiento tan sensacional?

—Lo sabrá en seguida.

El doctor Wilson echó a andar hacia la puerta.

—Doctor Wilson —dijo Burt—. Yo lo acompañaré.

—De ninguna manera. Ustedes se quedan aquí.

—¿Adónde va?

—A mi laboratorio. Está en el sótano de esta casa, pero volveré en seguida... Concédame sólo quince minutos.

—¿No sería mejor que fuera con usted?

—Por favor, señor Finney, les he recibido a ustedes a pesar de mi trabajo abrumador. Sea usted ahora complaciente conmigo...

—Está bien, doctor Wilson. Lo esperamos.

Cuando el doctor hubo salido, Burt se dirigió al doctor Conway.

—¿Cuál es su opinión?

—Señor Finney, estoy tan perplejo como usted... Es maravilloso, ¿cuál será el elemento 105, o se habrán saltado algunos números de la escala?

—Profesor Conway, estamos cumpliendo una misión... Baje de las nubes. Recuerde que la Humanidad está en peligro, y que nosotros somos las únicas personas que luchamos por la supervivencia de miles de millones de seres.

—No lo olvido un solo instante, señor Finney. Pero tampoco me puedo desprender de mi curiosidad científica.

La joven se había encaminado hacia la puerta y se disponía a abrir.

—¿Qué haces, Marion? —inquirió Burt.

—No estoy muy tranquila. Propongo que vayamos al sótano.

—Quieres espiar, ¿eh?

—Sí, Burt... Es lo que pretendo hacer. No me avergüenza confesarlo.

—Al fin, mujer... Está bien. Vamos...

Al abrir la puerta, la joven dio un grito porque en el hueco estaba la señora Wilker.

—¿Adónde van?

—Queremos reunirnos con el doctor Wilson.

—El les dijo que esperasen... y esperarán.

—Oiga, señora Wilker —intervino Burt—. Todos nosotros, usted misma, estamos corriendo un riesgo muy grande. De modo que, con su permiso, vamos a desobedecer la orden del doctor Wilson.

La señora Wilker sacó la mano del bolsillo exhibiendo una pistola.

—Ustedes se quedarán aquí.

Marion vio el arma y lanzó un suspiro.

—¿Cuál es tu respuesta, Burt?

—Me temo que la señora Wilker es muy persuasiva —contestó Burt meneando la cabeza, pero, de pronto golpeó la mano armada de la señora Wilker.

El ama de llaves del doctor Wilson perdió la pistola y se lanzó sobre Burt con las manos por delante, como zarpas, para arañarle la cara.

Burt la sujetó por las muñecas y detuvo las largas uñas a unas pulgadas de sus ojos.

—Eh, señora Wilker, no se ponga así. No es para tanto.

La señora Wilker chilló histéricamente mientras sus ojos se extraviaban.

—Burt —dijo Marion, temblorosa—. Me temo que nos metimos en la casa del horror.

Finney soltó una bofetada a la señora Wilker, que era presa de un ataque de histerismo.

Su terapéutica dio resultado porque el ama de llaves pareció reaccionar.

Dejóse caer en el suelo, y Burt la soltó.

La señora Wilker apoyó la frente en la pared y se puso a sollozar convulsivamente.

¿Por qué no quiere que vayamos con el doctor Wilson?

¿Qué es lo que fue a hacer?

En aquel instante oyeron un alarido infrahumano.

Marion buscó refugio junto a Burt.

—Ciclos, ¿qué es eso...?

—Viene del sótano —exclamó Burt.

Atrapó la pistola que había dejado caer la señora Wilker y echó a correr.

—Espérame, Burt... —dijo Marion a su espalda.

—Será mejor que te quedes.

—Ni hablar, me voy contigo...

El profesor Conway también corría tras los jóvenes.

Burt abrió una puerta y bajó por una escalera de piedra.

Se encontró en un amplio laboratorio, donde había retortas, matraces, microscopios, y otros aparatos que no conocía.

Pero apenas dedicó atención a los objetos, porque tuvo que prestarla al ayudante del doctor Wilson, al doctor Redmond.

Había trepado a lo alto de una mesa y tenía un aspecto gorillesco, los ojos desorbitados, arqueados los brazos, separadas las piernas.

—¿Qué le pasa, doctor Redmond? ¿Dónde está su jefe?

Marion y el profesor Conway llegaron junto a Burt.

El doctor Redmond levantó un brazo y señaló un punto determinado del suelo.

Burt y sus compañeros vieron una sombra oscura, una figura cuyos contornos parecían los de un hombre, un montón de cenizas.

Marion tragó saliva.

—¡Burt, quizá el doctor Redmond quiere decir que es eso lo que queda de su patrón...!

El doctor Redmond lanzó un alarido parecido al que habían escuchado arriba.

—Doctor Redmond, cuéntenos lo que ha pasado —dijo Burt.

Los labios de Redmond se estremecieron dejando escapar palabras sueltas.

—Ahí..., el doctor Wilson..., me hablaba... De pronto una llamarada... El doctor Wilson cayó... Durante unos segundos fue como si lo hubiese visto a través de una pantalla de rayos X..., sólo su esqueleto..., después, también los huesos..., se convirtieron en cenizas...

—¿Fue un rayo, doctor Redmond?

—No vi nada...

—Tuvo que ser un rayo que llegó por alguna parte... Oiga, doctor Redmond, su jefe dijo que sabía quién podía haber conseguido un rayo láser limpio a partir de determinado elemento... Se separó de nosotros en la biblioteca y dijo que volvería en quince minutos... ¿Qué es lo que vino a hacer aquí?

—No sé nada...

—Tiene que saberlo, doctor Redmond... Es muy importante.

—Nada hay ya importante... El ha muerto... Ha desaparecido... Sólo quedan sus cenizas...

—Tiene que recordarlo, doctor Redmond... ¿Qué es lo que hizo el doctor Wilson al llegar al laboratorio?

El doctor Redmond permaneció quieto unos instantes. Luego, levantó otra vez el brazo.

—Habló por ese teléfono.

—¿A quién?

—No lo sé... Yo estaba en el otro lado... muy al fondo.

—¿Qué le dijo al entrar?

—Nada... No me dijo nada... Se dirigió hacia ese teléfono.

Burt miró el teléfono al que Redmond se refería. Estaba descolgado.

Fue rápidamente allí, pero tuvo que dar un rodeo para no pasar por encima de las cenizas del doctor Wilson.

Escuchó a la otra parte. Sólo oyó un zumbido. Golpeó la horquilla.

—Oiga... Oiga...

Pero desde el otro extremo no le llegó ninguna voz.

Dejó el teléfono como lo había encontrado y miró al doctor Redmond.

—Usted tuvo que oír algo de lo que dijo el doctor Wilson... ¿Qué es lo que dijo por el teléfono?

—Espere... Creo que recuerdo algo... Sí... El doctor Wilson dijo que ya lo tenía localizado...

—¿Qué es lo que tenía localizado?

—No lo sé.

—Está mintiendo, Redmond... Usted ha podido matar al doctor Wilson... Acabó con él, descolgó el teléfono, se subió a esa mesa y dio el grito... Nos está engañando.

—¡No diga eso!

—El doctor Wilson vino a este laboratorio para hablar con usted... Y eso sólo significa una cosa... Que usted es la persona que tiene el arma destructiva.

—¡No...!

—Debería haber preguntado a qué arma me refería.

—Sé a qué arma se refiere porque escuché la conversación que ustedes sostuvieron con el doctor Wilson.

—¿Cómo pudo escucharlo...? ¿A través de la puerta?

—Hay un servicio de micrófonos. Desde aquí se puede escuchar cuanto se habla en la biblioteca o en cualquier habitación de la casa... El doctor lo preparó así.

—No le creó una sola palabra... De todas formas, haremos una prueba.

—¿A qué prueba se refiere?

—Acérquese a esa mesa y tome el teléfono.

—¿Para qué?

—Vamos a marcar el número del diario *Star* y usted hablará con su director.

—¿Qué va a probar con eso?

—El señor Adams conversó con el hombre que posee el arma con la que quiere destruir a la Humanidad. Después, yo ocuparé su lugar para saber la respuesta de Adams... Ande, muchacho, baje de ahí.

El doctor Redmond bajó de la mesa con aquellos movimientos que lo asemejaban a un cuadrumano.

Se detuvo ante los restos que él aseguraba pertenecían al doctor

Wilson.

De pronto, dio un chillido, se revolvió y echó a correr hacia el fondo del laboratorio.

—¿Qué le pasa? —gritó Burt—. ¡Párese...!

Pero Redmond no lo obedeció.

Tropezó con una mesa y cayó, arrastrando consigo retortas y probetas.

Burt ya estaba corriendo pero interrumpió su carrera al llegar cerca de Redmond, el cual gritaba cubriéndose la cara.

El contenido de una de las probetas le había caído sobre la cabeza y de todo él brotaba un humo cada vez más espeso.

Aquellas manos velludas parecían hervir como la cera.

Al fin, Redmond, dejó ver su cara. Una especie de ácido la estaba carcomiendo toda.

Burt no había visto a Redmond después de su accidente en la Riviera, pero ahora tuvo una idea de cómo debía haber quedado.

El ácido, o lo que quiera que fuese, estaba destruyendo la obra del doctor Wilson.

Redmond se movía cada vez más débilmente. Ahora, de su garganta sólo escapaban gruñidos, que se iban apagando poco a poco.

Finalmente, quedó inmóvil, y el humo fue desapareciendo.

Marion gritó horrorizada.

El profesor Conway la obligó a dar la espalda.

Burt regresó junto a sus compañeros.

—Profesor, ¿quiere hacer un examen de todo lo que hay aquí?

—Sí, señor Finney.

Burt pasó un brazo por los hombros de Marion.

—Siento que hayas tenido que ver esto.

La joven estaba muy pálida y forzó una sonrisa.

—Si me dan tiempo, mis dibujos serán tan buenos como los de Goya.

—Seguro que llegas a ser tan famoso como él.

—No trates de engañarme, no soy ninguna chiquilla... Esto se acabó.

—¿Por qué hemos de ser tan pesimistas?

—Me basta con echar una mirada a lo que quedó del doctor Wilson.

—No tenemos la seguridad de que sea el doctor Wilson ni siquiera que sean restos humanos.

—Lo siento, Burt. Pero yo toe creído a pies juntillas al doctor Redmond.

El profesor Conway volvió junto a ellos sacudiendo la cabeza.

—El doctor Wilson había hecho grandes descubrimientos.

—Me interesa sólo el que se refiere a nuestro asunto, profesor Conway.

—Le puedo responder categóricamente que el doctor Wilson no había conseguido el láser limpio. Pero sí un láser maravilloso, con el que pudo realizar esas operaciones quirúrgicas sobre su ayudante.

—¿Qué me dice del final del doctor Wilson?

—No puedo llegar a ninguna conclusión, ni siquiera admitir que las cenizas hayan pertenecido al doctor Wilson.

—Vaya, es una buena noticia.

—No me ha entendido, señor Finney. Quiero decir que sólo mediante un concienzudo análisis en el laboratorio se podría determinar si pertenecieron a un ser humano.

—¿Cuál es su consejo, entonces?

—Que me dejen trabajar un poco aquí.

—Sus conclusiones no servirían para nada en las actuales circunstancias, profesor Conway. Me opongo a que se quede... Hemos de nacer otra visita muy importante.

—Se refiere al doctor Kerr.

—Sí, profesor.

—Está bien. Cuando usted quiera.

Subieron por la escalera de piedra, pero al llegar arriba se detuvieron porque en el hueco estaba la señora Wilker.

—No encontraron al señor Wilson, ¿verdad?

—No, señora Wilker.

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde?

—Se fue con el Uno.

—¿Qué es el Uno, señora Wilker?

—El principio y el fin de todas las cosas. Muy pronto estaremos todos con el Uno.

—¿Quién lo dijo que estaremos todos?

—La señora que me visitó durante la noche pasada.

—¿Alguna amiga suya?

—La Muerte, y traía la guadaña.

Burt tomó a la señora Wilker por el brazo, mientras le decía en tono persuasivo:

—Sí, señora Wilker... Creo que tiene usted razón... Tenemos muy cerca a esa señora...

—He de ir a mi habitación... Me dijo que volvería esta noche... Discúlpeme.

La señora Wilker dio media vuelta y se alejó por el corredor.

—¿Qué hacemos con ella, Burt? —preguntó Marion.

—Hablaré con Scotland Yard.

En el vestíbulo había un teléfono. Tras establecer comunicación con la policía, pidió hablar con el superintendente Lyonel Reed.

El policía le preguntó quién era y él dijo que Burt Finney del *Star*.

Al cabo de un minuto, oyó una voz que parecía un ladrido.

—¿Qué es lo que quiere, señor Finney? ¿Alguna nueva noticia sobre el cercano fin del mundo?

—Sí, superintendente. El doctor Wilson fue atacado por el arma destructiva y quedó convertido en cenizas.

—No me diga...

—Eso no es todo, superintendente. El ayudante de Wilson, el doctor Redmond, también quedó en muy mal estado.

—Se pilló una mano con una puerta, ¿eh?

—No posee usted un humor muy británico, superintendente. El doctor Redmond se quedó en los huesos.

—Comprendo. Siguió un régimen de adelgazamiento demasiado severo.

—Bueno, superintendente, aquí tiene lo que quedó de los dos... Y también tiene una loca...

—Claro, no podía fallar.

—Sería mejor que mandase unos cuantos hombres a la casa del doctor Wilson para cerciorarse, ¿no cree, superintendente?

—Oiga, señor Finney, voy a mandar a algunos hombres ahí. Pero, si resulta que es una tomadura de pelo, les juro que usted y el señor Adams me lo van a pagar...

—Sí, superintendente...

—Quédese donde está...

—Lo siento, señor Reed... Pero tenemos trabajo en otra parte.
Tan pronto como pueda, volverá a tener noticias mías.
Cuando colgaba el teléfono, escuchó otros ladridos.

CAPÍTULO VI

También en la casa de Kerr les abrió una mujer, pero muy diferente a la señora Wilker.

La que tenían ahora delante era una rubia de unos treinta y cinco años, de una gran belleza, esbelta, de ojos verdosos y boca de labios gruesos, sensuales.

—Señor Finney —dijo cuando los visitantes se hubieron presentado—. El señor Kerr ya habló con usted por teléfono y le dijo cuánto sabía acerca del rayo láser.

—¿Puede decirme quién es usted?

—La esposa del doctor Kerr, y mi nombre es Erika.

—Señora Kerr, aunque le parezca incorrecto, he de insistir en hablar con su esposo.

—Justamente nos disponíamos a retirarnos para dormir.

—Procuraré molestarles lo menos posible, señora Kerr.

La hermosa rubia titubeó unos instantes, pero al fin hizo un gesto afirmativo.

—Hablaré con él.

La casa del doctor Kerr era más moderna que la de Wilson. No había armaduras al pie de la escalera que conducía a la parte superior y las pinturas de las paredes pertenecían a maestros del siglo XIX.

La señora Kerr desapareció por una habitación de la derecha, pero sólo tardó unos diez segundos en regresar.

—Pueden pasar. Pero mi marido les ruega ser breves.

El doctor Kerr era alto, robusto, de cabello muy rubio, Burt pensó que quizá Conway se habría equivocado al decir la edad de Kerr, ya que parecía tener cincuenta y no setenta.

—¿Qué quiere, señor Finney? —inquirió el doctor Kerr.

—Doctor Kerr, le hice una consulta, pero no le dije la verdadera razón de ella. Es necesario que lo sepa ahora.

—Le escucho, ¿de qué se trata?

Burt contó una vez más, lo que había ocurrido desde que Adams recibió la primera llamada del desconocido.

—Es lo más asombroso que he oído en mi vida —sonrió el doctor.

—¿Acaso no cree posible lo que ha ocurrido?

—Desde luego que no, señor Finney.

—Pero, doctor, ese hombre cumplió su palabra. Realizó todo lo que él dijo:

—Oh, sí, se incendió el hotel Victoria en Bombay, saltó por el aire el barco frente a las Naciones Unidas en Nueva York, y descarriló un tren en El Cairo. Señor Finney, ¿no se le ha ocurrido pensar que ese hombre tenía cómplices en cada una de esas ciudades y que ellos perpetraron esos sabotajes a una hora convenida y, sin echar mano a ningún diabólico descubrimiento?

Hubo un silencio.

—Burt —exclamó Marion—. ¿Y si el doctor Kerr tuviera razón?

—Hay algo que echa esa teoría por tierra —repuso Burt.

—¿Qué cosa? —preguntó el doctor Kerr.

—La muerte de su colega el profesor Andrew Wilson. También se lo he contado. Quedó convertido en un montón de cenizas...

—Usted no estaba presente cuando ocurrió ese hecho, señor Finney. ¿Necesito recordárselo? Sólo puede suponer que aquellas cenizas eran del doctor Wilson debido a que el doctor Redmond le contó lo que había pasado, pero pudo ser una fábula.

—Doctor Kerr, ¿habló con usted el doctor Wilson antes de morir? Me refiero, naturalmente, a si él le telefoneó.

—No. ¿Por qué había de hacerlo?

—El doctor Wilson dijo que había localizado a la persona que tenía en su poder el rayo láser limpio, logrado gracias a un elemento sólo conocido por esa persona.

—No soy yo... Y voy a llegar un poco más lejos. No puede ser nadie. Estoy seguro de que ustedes son víctimas de una superchería.

—Entonces, usted cree que la Humanidad no corre peligro alguno.

—En absoluto.

—Y que mañana no pasará nada.

—Ocurrirá lo de todos los días. Morirán muchos habitantes del

planeta por efecto de enfermedades, accidentes, y a consecuencia de las guerras que nunca faltan. Pero no se producirá ninguna hecatombe. Pueden marcharse tranquilos.

Marion dio un suspiro.

—Después de todo, el superintendente de Scotland Yard tendrá motivo para burlarse de nosotros o para enviarnos a un hospital de enfermos mentales.

—Discúlpenme —dijo el doctor Kerr—. Pero he tenido un día de mucho trabajo y necesito descansar. Mi esposa los acompañará hasta la puerta.

—Doctor Kerr, ¿tiene usted un ayudante? —preguntó Burt.

—Sí. Es René Perier, un muchacho muy inteligente. Ya se ha retirado a su habitación. Sólo es una promesa en mi especialidad y él no le podría contestar a sus preguntas.

—Gracias por todo, doctor Kerr.

—No tiene por qué darlas. Fue un placer recibirles.

La hermosa Erika acompañó a sus visitantes hasta la puerta de la casa, y allí se despidió.

Cuando la puerta se hubo cerrado, la rubia borró la sonrisa de sus labios. Sus ojos brillaron como las esmeraldas.

Echó a andar rápidamente y entró en la habitación donde se encontraba su esposo.

—Te lo dije, Albert... Te advertí que darían contigo.

El doctor Kerr sacudió la cabeza.

—Está bien, dieron conmigo, pero ya se marcharon y no me volverán a molestar.

—Es lo que tú crees.

—Les he convencido de que su misterioso informante es un charlatán... ¿No crees que estuve brillante al sugerir que esos sabotajes en Bombay, Nueva York y El Cairo, fueron realizados por procedimientos tradicionales y utilizando cómplices?

—Albert, todavía puedes rectificar.

—¿Qué es lo que tengo que rectificar?

—Has conseguido el más maravilloso descubrimiento desde que el hombre inventó la rueda de carro.

—La rueda de carro no fue un arma destructiva.

—Déjate ahora de sutilezas, Albert. Estamos hablando en serio.

El profesor Kerr se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo.

—Albert —dijo Erika con voz enronquecida—. ¿No te sientes grande, poderoso? He estado pensando mucho en ti... ¿Sabes quién me parece ahora? El mismo Zeus, el dios de los griegos, que tenía en sus manos el rayo que lo destruía todo.

—Es una bella comparación, y me gusta. Soy Zeus... Voy a destruir al hombre. Bueno, sólo quedarán dos seres... Tú y yo.

—Albert, no puedes hacer eso...

—Lo haré...

—¿De qué valdrán todos tus esfuerzos? Mi proyecto es mucho mejor que el tuyo... Podemos ser los dueños del mundo... Pediremos dinero a las naciones ricas... Tendrán que dárnoslo...

—¡No me interesa el dinero, sino el castigo de la Humanidad...! Les hombres han pecado mucho, y ya es hora de que sufran su castigo.

—¿Qué te importan a ti los demás hombres? Piensa en ti mismo y en mí, Albert...

—Ya he pensado en los dos... Seremos los únicos seres vivos sobre el planeta.

—Albert, ¿de qué nos servirá acabar con todos...? ¿Qué haremos tú y yo?

—Será maravilloso estar solos en el mundo.

—Me gusta este mundo tal como está hecho... No quiero otro, Albert... Admito que no vivimos en una sociedad perfecta, pero así ha sido siempre, y nada puede hacerla cambiar.

—Yo la cambiaré.

—Destruyéndola.

—Sí, querida... No existe otra solución.

Erika inspiró profundamente.

—No te puedo hacer cambiar de idea, ¿verdad, Albert?

—No, Erika... Está decidido.

—Estoy cansada... quiero irme a dormir.

—Yo iré dentro de un rato.

Antes de salir de la habitación, Erika dirigió una mirada a su marido, y lo vio pensativo, ausente.

Subió por la escalera y, al llegar arriba, abrió una puerta sin llamar.

Un hombre de unos treinta años, moreno, bien parecido, fue a su encuentro.

—¿Quiénes eran los visitantes?

—Un grupo de colaboradores del *Star*. Antes habían estado en casa del doctor Wilson.

—Ya entiendo, el doctor Wilson comprendió la verdad. —Pero no le dio tiempo a decir nada, porque Albert lo destruyó. También logró tranquilizar a los del *Star*, asegurándoles que se trataba de una superchería.

—¿Has hablado con él?

—Sí, pero no he conseguido nada. Insiste en su idea de acabar con la Humanidad para castigarla.

—Ha perdido el juicio.

—Ya lo sé, René. Pero tú y yo no vamos a consentir que haga mal uso de su maravilloso descubrimiento.

—¿Qué te propones, Erika?

—Matarle.

—Y de esa forma tú y yo seremos dueños de su arma... —Sí, René.

—Pero ni tú ni yo sabemos cómo utilizarla.

—¿En cuánto tiempo calculas que la podrías manejar? —En dos o tres semanas.

—¿Estás seguro, René?

—Sí.

—Entonces valdrá la pena.

—Será mejor que lo hagamos cuanto antes, Erika.

—Ahora mismo. El está abajo. En la biblioteca.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

Erika y René se volvieron sobresaltados.

El doctor Albert Kerr entró en la estancia. Sus ojos brillaban mucho y sus labios sonreían.

—No me sorprende, Erika. Os habéis aliado contra mí.

—Oh, no... —exclamó Erika.

—Estáis dispuestos a matarme para convertirlos en los dueños de mi descubrimiento... Es lógico, después de todo... René es más joven que yo, ¿verdad, Erika...? Pero no hace falta que digáis nada... No lograréis vuestros propósitos... Acabaré también con vosotros...

René sacó una pistola.

—No, profesor... Usted no va a acabar con nadie...

El doctor Kerr vio el arma que lo apuntaba y arrugó el ceño.

—Cuidado, René. No me amenaces.

—Resulta un chiste en su boca, doctor. Usted ha amenazado al mundo, y está dispuesto a destruir todo lo que existe sobre la faz de la tierra... Lo va a hacer sin sacar ningún beneficio propio.

—Dejaré el sitio libre para otros hombres mejores.

—No, doctor... Su mujer y yo hemos llegado a la conclusión de que la Humanidad que existe ahora es buena para nosotros. Y lo justo es que si no está conforme con ella, sea usted quién se marche.

—Espera un momento, René.

—¿A qué tengo que esperar, doctor?

—Habrá un sitio también para ti.

—Qué generoso...

—Sí, René... Erika, tú y yo seremos los únicos que viviremos.

—No me gusta eso. Una sola mujer para dos hombres. No, doctor. Nunca me gusto el triángulo.

René apretó el gatillo.

El doctor Kerr recibió el balazo en el pecho, y cayó hacia atrás.

Dio un grito, pero todavía no había muerto y, apoyándose en la pared, logró incorporarse un poco.

—Erika —llamó.

La hermosa rubia se acercó a él, los labios apretados.

—Tú elegiste, Albert.

El doctor Kerr quiso decir algo, pero se derrumbó quedando inmóvil.

René se agachó sobre el doctor y le tomó el pulso.

—Está muerto —dijo.

—René, somos ahora los dueños.

—Sí, querida —contestó René, levantándose—. Y ha llegado el momento de que sepas toda la verdad.

—¿A qué te refieres?

—Desde hace dos meses estoy trabajando para un hombre...

—¿Qué...?

—Alguien me contrató para que le facilitase lo que supiese sobre el arma en que estaba trabajando él. Naturalmente, no pude darle los últimos informes porque Albert no me quiso comunicar la última parte de su descubrimiento... Ese hombre me pagaba muy bien. Ahora le venderemos el arma... Dijo que estaba dispuesto a pagar

un millón de dólares.

—Pero podemos sacar mucho más...

—Sí, Erika, sacaremos mucho más. Subiré un poco el precio. Pediré cinco millones y me los darán.

—¿Quién es ese hombre?

—Yo nunca lo vi... Siempre hablé con un intermediario cuyo nombre es Daniel Blaine. Tengo su número de teléfono. Le hice preguntas acerca de la personalidad que representa, pero nunca me contestó.

René descolgó el teléfono que había sobre la mesita de noche, y marcó un número.

—¿Señor Blaine? Soy René Perier... Tenso grandes noticias para usted. Las dificultades han sido vencidas... Su patrón tendrá lo que deseaba... Lo podremos arreglar esta misma noche... Descuide, no habrá dificultades...

CAPÍTULO VII

El superintendente de Scotland Yare, Lionel Reed, sonrió enseñando unos dientes cortantes como los de un perro de presa.

—Bien, señor Adams, ¿cuándo se acabará el mundo...? Han pasado ya veinticuatro horas desde que usted lo anunció en su diario... Admito que hizo una buena tirada. Logró vender cinco millones de ejemplares. Ha batido el récord de venta para su periódico... Y también ha logrado otras cosas. En Piccadilly Cireus se reunieron quince mil personas que se pusieron a cantar salmos... Una muchedumbre, que se calculaba en cien mil personas, rodeó el Palacio Real, y pidieron a gritos que saliese la reina, porque deseaban que ella fuese su última visión antes de largarse al otro mundo... También ocurrieron otras cosas muy graciosas... Algunos dueños de comercios regalaron durante el día de hoy sus mercancías. Eso es algo que tendrán que agradecer los consumidores que lograron atrapar algo a cambio de nada...

—Señor Reed, ¿quiere dejar de ser cruel? —dijo Adams—. Además, le recuerdo que todavía fallan unos minutos para la medianoche.

—Sí... Faltan diez minutos, y por fortuna la gente se ha ido tranquilizando, aunque todavía quedan los histéricos... ¿Sabe que las clínicas y hospitales de Londres están llenos de Supuestos pacientes? ¿Sabe que la clase médica ha teñido que multiplicarse para atender a los enfermos? ¿Sabe que en Scotland Yard hemos recibido miles de telegramas protestando contra cierto diario sensacionalista?

—Superintendente, ya tengo bastantes quebraderos de cabeza para que usted los aumente.

—Aún no ha terminado su carrera de desgracias, señor Adams... El partido de la oposición presentará mañana una interpelación en la Cámara de los Comunes. Ya puede estar seguro de que los

abogados de su periódico tendrán que trabajar mucho en los tribunales.

John Adams estaba hundido en su sillón, el rostro muy pálido. No había dormido la noche anterior.

El superintendente se volvió hacia los dos hombres de Scotland Yard que lo acompañaban.

—¿Cuántos hombres hay abajo, inspector?

—Trajimos un centenar —contestó el más alto.

—¿Acordonó el edificio?

—Sí, señor. Como usted ordenó.

Reed se dirigió otra vez a Adams.

—¿Imagina lo que pasaría si no hubiese traído a mis policías? La multitud entraría aquí, y destruiría la redacción del *Star*... Sí, señor Adams, ya puede estar seguro de que dejaría todo esto como la palma de la mano. ¡Pero usted se lo habría ganado!

—Señor Reed, le aseguro que si usted hubiera estado en mi lugar, habría hecho lo mismo que yo he hecho.

—Disculpe, señor Adams. Pero yo no soy un ingenuo.

—¿Cómo explica entonces que el desconocido acertase las catástrofes que anunció?

—Lo siento, señor Adams, pero a quien no creo es a usted. Y con ello, quiero decirle que niego le llamase alguien... Usted sólo pretendió vender su diario, alcanzar una fabulosa tirada, y lo ha conseguido. Pero ahora pagará un alto precio.

—¿Qué quiere decir?

—Que traigo una orden de detención contra usted. Naturalmente, no la haré efectiva antes de las doce de la noche, pero sólo faltan tres minutos. Así es que, puede prepararse para acompañarme.

En el despacho se encontraban varios redactores del *Star* y también Burt Finney.

—Señor Reed —dijo Burt—. ¿Me puede informar acerca de lo que encontró en el laboratorio del doctor Andrew Wilson?

—Con mucho gusto, señor Finney. Tal como usted dijo, encontramos una enferma mental.

—¿Qué más?

—Un hombre que había muerto abrasado por un ácido y también un montón de cenizas.

—¿Analizaron esas cenizas?

—Sí, señor Finney. Nuestro laboratorio analizó esas cenizas.

—¿Tienen ya el resultado?

—Desde luego, señor Finney. Las cenizas son las de un animal.

—El hombre también es un animal...

—No se puede determinar si pertenecieron a un hombre.

—Pero ustedes no hallaron allí al doctor Wilson.

—No, desde luego.

—¿No cree que la deducción lógica es que esas cenizas son las del doctor Wilson?

—Perdone, señor Finney, pero ya le he dicho que nuestro laboratorio ha establecido que las cenizas pertenecen a un animal.

—Es usted quien me debe perdonar a mí, superintendente. Olvidaba que Scotland Yard es muy cauto en sus conclusiones.

—Correcto, señor Finney... Somos tan cautos que, cuando nos anuncian el final del mundo, dudamos un poco de la mentalidad de nuestro comunicante.

—Le felicito por su ironía, superintendente. Pero, dígame, ¿qué van a hacer con respecto al doctor Wilson?

—¿Le parece bien que lo demos como persona desaparecida?

—Me gusta que vayan a investigar su paradero, aunque le advierto que jamás lo encontrarán. Lo crea usted o no, señor Reed, las cenizas pertenecen al doctor Wilson.

—Lo siento, señor Finney, pero sus palabras me merecen el mismo crédito que las del señor Adams.

—Oh, sí, todo esto es una confabulación... El señor Adams y yo nos pusimos de acuerdo para aumentar la tirada del diario.

En aquel momento, un reloj se puso a dar las campanadas de las doce.

Con la última campanada, el superintendente de Scotland Yard se levantó.

—¿Está dispuesto, señor Adams?

El director del *Star* se puso en pie.

—¿Tienes alguna explicación para esto, Burt? —preguntó.

—Todavía no.

—No es necesario que la busques. Creo que el superintendente acertó.

Finney movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Cómo admitir entonces las catástrofes de Bombay, Nueva York y El Cairo? ¿Qué me dices del coche que fue devorado por las llamas y que vosotros visteis desde esta ventana?

—Sólo demuestra que el doctor Albert Kerr tenía razón... Los accidentes fueron provocados por cómplices de nuestro informante.

—Pero ¿porque iba a tomarse tantas molestias? ¿Qué perseguía con ello? ¿Qué me dices del doctor Wilson? ¿Quién lo convirtió en cenizas y por qué procedimiento?

El superintendente intervino:

—Señor Finney, tendrá que aplazar sus preguntas. El señor Adams tiene una cita con nosotros en Scotland Yard.

Burt Finney pulsó el timbre.

Otra vez, como la noche anterior, la niebla había tomado posesión de Londres.

Le abrió Erika Kerr, que vestía ahora un vestido negro.

—Buenas noches, señora Kerr.

—¿Usted de nuevo, señor Finney?

—Vengo a presentarles mis excusas.

—Comprendo. Todo lo que ustedes dijeron en su diario resultó una superchería, tal como dedujo mi esposo... He escuchado el boletín de noticias de la televisión.

—Sí, señora Kerr. Todo fue una fábula, y como consecuencia de ella, es muy probable que el *Star* se encuentre cerca de la bancarrota.

—Lo siento, pero ustedes fueron demasiado ingenuos.

—Sí, señora Kerr. Eso pienso yo también. Y lo malo es que mi amigo, el señor Adams, se encuentra involucrado en todo esto. Consulté con nuestro abogado y dice que arriesga unos cuantos años de su libertad.

—No conozco las leyes, señor Finney.

—Sin embargo, vengo a pedirles su ayuda.

—No le comprendo, señor Finney. Me temo que en las actuales circunstancias, mi marido y yo no podamos hacer nada por el *Star* ni por el señor Adams.

—Deseo que su marido, el doctor Kerr, actúe como testigo de descargo del señor Adams.

—¿Mi esposo? ¿Por qué?

—Su esposo tiene un gran prestigio científico. Estoy seguro de que impresionaría al tribunal si admitiese la existencia de un rayo láser limpio, con un poder de destrucción infinitamente superior a la bomba de hidrógeno.

—Perdone, señor Finney, pero mi esposo ya le dijo ayer que no creía en la posibilidad de que se lograra el arma. Además, mi marido no puede atenderlo. Y eso es definitivo, señor Finney. Se encontraba enfermo y tuve que llamar a su médico de cabecera, le ha obligado a guardar cama.

—Entonces, quizá mañana...

—No, señor Finney... Mañana mi marido y yo saldremos de viaje.

—¿Adónde van, señora Kerr?

—A Suiza, seguramente. No lo tenemos aún decidido.

—Buen viaje, señora Kerr. Tenía esperanzas de que nos hubiera ayudado, pero, ya que es imposible, no insisto más.

Burt hizo un saludo y cruzó el jardín saliendo a la calle.

Se metió en un auto, donde Marion lo esperaba.

—Has regresado muy pronto, Burt.

—Sólo vi a la señora Kerr... El doctor está enfermo, y mañana salen de viaje para Suiza.

—Todo sale mal. ¿Adónde vamos ahora?

—Da la vuelta a la esquina y párate.

—¿Para qué?

—Voy a volver a casa del doctor Kerr... Pero entraré sin llamar.

—¿Qué quieres decir, Burt?

—Todo lo que se refiere al doctor Wilson y al doctor Kerr me parece sospechoso. El doctor Kerr cayó enfermo, ¿y por qué se quieren marchar a Suiza?

—¿No creas que te puedes meter en un lío?

—Ya estamos metidos en uno demasiado grande, especialmente Adams... Anda, pórtate como una buena chica, y obedece.

La joven puso en marcha el auto y lo llevó al lugar donde Burt le había indicado.

—Si dentro de una hora no he vuelto, lárgate. Marion.

—Iré a Scotland Yard, preguntaré por el superintendente Reed y le diré que desapareciste. Entonces me habré ganado, con seguridad, una camisa de fuerza.

—Por eso, si no vuelvo, lo mejor es que dejes en paz al superintendente.

Burt regresó a la casa del doctor Kerr. Empujó la cancela del jardín, pero no fue hacia la puerta, sino que se sumergió entre la niebla.

—Querida, ¿a qué ha venido el señor Finney? —preguntó René Perier.

—Quería hablar con mi marido. Iba a proponerle que actuase como testigo de descargo de John Adams, el director del *Star*. Pero ya he conseguido librarme de él.

René consultó el reloj.

—Daniel Blaine ya debía estar aquí... ¿Por qué tardará?

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Debe ser él —dijo René.

Se dirigió hacia el vestíbulo y abrió la puerta.

Era efectivamente el hombre que conocía como Daniel Blaine, pero no venía solo. Lo acompañaban dos hombres. Uno de ellos se cubría los ojos con gafas oscuras y sus rasgos fisonómicos lo asemejaban a un oriental.

Daniel Blaine, rechoncho, sonrió:

—Señor Perier, aquí nos tiene...

—El acuerdo fue que vendría solo...

—Oh, sí, pero a última hora mi representado deseó estar presente en la operación.

Los visitantes entraron en la casa.

—¿Dónde está el maravilloso descubrimiento del doctor Kerr? —preguntó Daniel Blaine.

—En el laboratorio. Pero todavía no me ha presentado a su patrón.

—Oh, sí, perdone... Le presento al señor Chuang-Tszé.

El hombre de las gafas oscuras se inclinó ceremoniosamente.

—Le felicito por su trabajo, señor Perier.

—¿Han traído el dinero?

—Desde luego.

El otro hombre que acompañaba a Blaine y que hasta entonces no había hablado, mostró un maletín de cuero.

Perier se fue hacia la biblioteca y abrió la puerta. Hizo una señal

al interior.

—Erika...

La rubia apareció y fue presentada por René.

—Señora Kerr —dijo Chuang-Tszé—. Le doy mi más sentido pésame. El señor Blaine me informó que su marido había muerto en aras de la ciencia.

—Terminemos cuantos antes, señor Chuang-Tszé. El señor Perier y yo queremos salir del país.

—Primero, he de comprobar el alcance científico del rayo láser conseguido por el doctor Kerr. Luego, les haré entrega del maletín que contiene el dinero y podrán marcharse.

—Entonces, vamos al laboratorio —dijo la señora Kerr.

Descendieron por una escalera que los condujo a la sala donde el doctor Kerr había realizado sus experimentos.

La señora Kerr señaló al fondo.

—Es allí donde mi marido tenía instalado el rayo láser.

Chuang-Tszé invirtió algunos minutos en hacer las comprobaciones pertinentes y luego dijo:

—Es maravilloso. Nunca pude imaginar que se pudiese conseguir algo tan fantástico. Yo he trabajado durante quince años en el rayo láser y puedo asegurarlo.

—El doctor Kerr nunca me dejó experimentar en este ensayo —repuso René Perier.

—¿Quiere decir que usted ignora el manejo de todo esto?

—Sí, pero ya le dije a la señora Kerr que en tres semanas me pondría al corriente.

—Ahora no hace falta que se ponga al corriente, señor Perier...

—No, desde luego. Usted es el que se va a ocupar de eso.

—Yo entiendo perfectamente el manejo de ese aparato —dijo Chuang-Tszé.

—No es posible —repuso Perier.

—Señor Perier, yo tengo en mi laboratorio un conglomerado como el que usted ve aquí.

—Pero imagino que debe haber una diferencia entre el de usted y el del doctor Kerr.

—Sí, hay una pequeña diferencia que yo le voy a demostrar muy gustoso.

Chuang-Tszé se volvió hacia el intrincado tablero de mandos que

estaba instalado en la pared. Tocó un resorte y se abrió una puertecilla. Introdujo las manos y sacó un cilindro muy pesado. Lo acarició contra su estómago.

—Esto es lo que tenía el profesor Kerr y yo nunca tuve, a pesar de todos mis esfuerzos.

—¿Qué es? —inquirió René.

—Es usted muy ignorante, señor Perier.

—Ya le he dicho que el doctor Kerr no me daba acceso a lo más importante de su ensayo.

—En este cilindro se forma el elemento del cual se puede hacer brotar un rayo limpio... Yo puedo prescindir de todo lo que hay en este laboratorio. Con sólo llevarme este cilindro, tendrá el arma destructora del doctor Kerr. Es por lo que he luchado los últimos diez años de mi vida.

—Pues ya lo tiene —dijo Perier—. Sólo le va a costar cinco millones.

—He de hacer una prueba.

Chuang-Tszé volvió a introducir el cilindro en el compartimiento de donde lo había sacado.

Cerré herméticamente la puerta de acero, manipuló algunos botones en el tablero de mandos y se oyó un zumbido.

En una pantalla de la pared apareció una imagen: el puente de Londres.

—No, no haré con eso la prueba —dijo Chuang-Tszé.

Continuó manipulando con los botones. La imagen de la pantalla se oscureció. Se vio un trozo de mar, con olas de más de quince metros.

El oriental dijo algunas palabras en su idioma.

De pronto, en la pantalla apareció una imagen que todos conocían. La Estatua de la Libertad, de Nueva York.

Chuang-Tszé lanzó una exclamación triunfal.

—Ahora la prueba será definitiva. Pero no quiero destruirla por completo. Sería demasiado alarmante. Todavía no ha llegado mi hora... Fíjense lo que voy a hacer...

Chuang-Tszé hizo una corrección en la imagen y ahora sí vio un primer plano de la antorcha de la Estatua de la Libertad.

Todos los presentes habían contenido la respiración.

—Diez, nueve, ocho... —comenzó a contar Chuang-Tszé.

Siguió manipulando con los mandos y en la pantalla aparecieron dos coordenadas, dando lugar a una imagen mu; parecida a la reflejada por el periscopio de un submarino.

—Tres, dos, uno... ¡Cero...!

Chuang-Tszé pulsó un botón de color rojo.

CAPÍTULO VIII

Las miradas de todos estaban fijas en la imagen de la pantalla.

Ocurrió de pronto. La antorcha de la Estatua de la Libertad se deshizo en pedazos.

Varias personas que se encontraban arriba se precipitaron en el vacío como muñecos de trapo.

Un segundo después la Estatua de la Libertad apareció mutilada.

Chuang-Tszé lanzó una carcajada e hizo desaparecer la imagen de la pantalla, oscureciéndola totalmente.

—La felicito nuevamente, señora Kerr... Su marido era un genio.

—Celebro que esté satisfecho, y espero que ahora realizará el pago.

—No puedo hacer tal cosa, señora Kerr.

—No lo entiendo.

Perier intervino:

—Creo que sé lo que quiere decir el señor Chuang-Tszé... Se refiere a que pretende llevarse el cilindro gratuitamente.

—Sólo acierta a medias, señor Perier.

—Explíquese.

—Ustedes vendrán conmigo y tendrán todo lo que han deseado en el mundo.

—No queremos ir con usted —contestó Perier—. El trato fue que le daríamos el secreto del doctor Kerr a cambio de los cinco millones... Nosotros cumplimos con nuestra parte y ahora han de cumplir ustedes con la suya.

—Es usted demasiado joven, señor Perier, y por lo tanto, también muy impulsivo... Le invito a que piense razonablemente... En el actual estado de cosas, yo no me puedo separar de ustedes, o ustedes no se pueden separar de mí.

—¿Por qué no?

—Conocen mi secreto. Ahora yo soy el poseedor del arma

destruktiva del doctor Kerr.

—Le entiendo, señor Chuang-Tszé... Pero no debe preocuparse. Jamás diremos nada acerca de usted o de su arma destruktora.

—A mí no me gusta, señor Perier... Dentro de muy poco me dedicaré a una gran tarea, y he de tener la absoluta convicción de que mis espaldas están cubiertas, de que no corro ningún peligro... Por ello me han de perdonar, pero no me es posible darles a elegir... Ustedes vendrán conmigo, y les repito que gozarán de los privilegios con que han soñado... Vivo en un lugar de ensueño, en cierta parte de su propio país, en un lugar ignorado en donde construía durante los últimos años un refugio... Cuando lo vean, se creerán en otro planeta, todos los inventos que logró el hombre para su bienestar forman parte de esa residencia que yo preparé para mí... Tengo servidores, guardianes, y cuanto un hombre pueda necesitar para gozar de los placeres de la vida... Pero todo lo que yo les digo les parecerá inverosímil cuando ustedes vean por fuera el lugar... Sí, amigos míos, el exterior de mi residencia les dará la impresión de que se encuentran en el lugar más feo del globo, porque precisamente elegí para construir ese refugio la parte más inhóspita de Escocia, allí donde los vientos del océano baten sin misericordia la tierra.

Perier denegó con la cabeza.

—No me convence, señor Chuang-Tszé. A pesar de sus palabras, el panorama que me pinta no tiene ningún atractivo para mí.

—¿Y para usted, señora Kerr? —preguntó Chuang-Tszé.

La hermosa Erika enarcó las cejas.

—Estoy aturdida.

Perier le pasó una mano por los hombros.

—Este hombre nos quiere condenar a perpetuidad en su maravillosa cárcel, Erika. Prometimos mutuamente que no nos separaríamos que llegaríamos hasta el fin... El precio acordado, los cinco millones, nos dará la vida que nosotros hemos deseado... ¿Por qué ir a ese maldito lugar de Escocia que él ha descrito? Yo prefiero París, Nueva York, Las Vegas, Honolulu, Miami... Los lugares de la tierra donde van las personas que quieren gozar realmente de la vida. Nosotros formaremos parte de esa clase.

Perier se apartó de la joven y señaló el maletín de cuero negro.

—Ordene que me dé eso, señor Chuang-Tszé.

El hombre que portaba el maletín miró al oriental, y éste hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, Lex, dale lo que quiere...

El hombre del maletín, puso este sobre una pequeña mesa y lo abrió.

Pero no extrajo del interior fajos de billetes, sino una pistola «Luger» con la que apuntó a Perier.

El francés retrocedió dos pasos.

—¿Qué significa esto?

Chuang-Tszé contestó:

—Tiene que perdonarme, señor Perier, pero esto me produce mucha tristeza... Quiero decir que ha llegado usted al final de su carrera.

—No estará hablando en serio...

—Absolutamente, señor Perier...

René se había puesto muy pálido.

—No puede jugarnos sucio...

—Le dije antes que no les daría opción.

El francés se mojó los labios con la lengua.

—Está bien, señor Chuang-Tszé... Erika y yo iremos con ustedes.

—No, ya no puede dar marcha atrás, señor Perier. No consentiré que venga a la fuerza... Sería un peligro constante para mí... Tiene que morir. La señora Kerr vendrá conmigo... Siempre he admirado su belleza...

—¿Acaso me conocía?

—Sí, desde hace algún tiempo... Por fotografía, y ardía en deseos de verla personalmente... Estoy seguro de que ahora ha decidido conocer mi espléndido refugio.

Erika no titubeó.

—Sí, señor Chuang-Tszé. Iré con usted.

Perier agrandó los ojos.

—Erika, no me harás esto... Dile que no puede matarme... Me iré con vosotros... Tú y yo formamos una sociedad...

—La señora Kerr no le perdonará la vida, señor Perier —dijo Chuang-Tszé e hizo un gesto con la mano.

Lex, el hombre de la pistola, hizo un disparo.

La bala alcanzó a Perier en el pecho y retrocedió, lanzando un grito. Golpeó contra el borde de una mesa, trató de agarrarse a ésta,

pero al fin se derrumbó, quedando inmóvil.

En aquel momento se abrió la puerta del laboratorio.

Lex giró con la pistola para disparar, pero no lo hizo al ver al hombre que estaba en el hueco, con los brazos levantados.

Aquel hombre era Burt Finney.

Detrás de él apareció un tipo amenazándolo con una pistola. Tenía la cabeza en forma de pepino, completamente rapada, y sus rasgos fisonómicos eran también los de un oriental.

—Vamos, entra —ordenó.

Burt entró en el laboratorio y bajó los brazos.

Chuang-Tszé dijo:

—¿Quién es, Kung?

—Lo sorprendí entrando por una ventana de la casa.

—Yo puedo decir su nombre —intervino la señora Kerr—. Es Burt Finney, un periodista.

—Experiodista, señora Kerr —le corrigió Burt—. Ahora soy autor de libros.

—Es usted un tipo pesado, señor Finney... Ya le dije que mi marido no podía recibirle.

—No veo en esta alegre reunión a su marido... ¿Y quién es el hombre que está tirado en el suelo? No me digan que se desmayó.

—No, señor Finney... No se desmayó. Está muerto. Es Perier, el ayudante de mi esposo.

—Magnífico... Creo que esta noche voy a encontrar un buen asunto para mi próximo libro.

Chuang-Tszé intervino con una sonrisa.

—Me temo que usted ya no va a escribir más libros, señor Finney.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Chuang-Tszé.

—¿Alguien importante?

—Lo seré muy pronto, señor Finney, se lo aseguro.

—Ya entiendo. Y apuesto a que sé por qué va a ser importante... Se ha quedado con la exclusiva para matar a larga distancia.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Conozco la clase de descubrimiento que hizo el doctor Kerr.

—¡No sabe nada! —gritó Erika.

—No estaba muy seguro, pero ahora ya lo estoy, y también

puedo suponer lo que ha ocurrido aquí... Ha matado a su marido, ¿verdad, señora Kerr? Lo ha eliminado por la sencilla razón de que Albert no quería sacar beneficio de su invento... El estaba loco, sólo quería acabar con la Humanidad.

—De acuerdo, señor Finney.

—El profesor estaba loco, pero tengo la impresión de que usted ha puesto el arma en manos de otro perturbado mental.

Chuang-Tszé hizo una reverencia sin dejar de sonreír.

—Mi cultura es muy distinta a la de usted, señor Finney.

—Oh, sí, la suya es superior y quiere barrer todo lo que yo represento.

—La forma de vivir de ustedes es caduca, señor Finney... Nada se perderá con que usted y todos los suyos desaparezcan de la faz de la tierra.

—¿No se lo dije, señora Kerr? Este tipo está como un rebaño de cabras. Si todavía está en su mano, debe impedir que el señor Chuang-Tszé maneje el rayo que consiguió su esposo...

—Debió estar quieto, señor Finney —contestó Erika—. Yo me marché con Chuang-Tszé.

—Ha elegido el peor bando.

Chuang-Tszé se encaminó hacia el tablero de mandos. Y abrió el compartimiento de antes y tomó el cilindro que depositó en el maletín de cuero negro.

—Bien —dijo cuando hubo terminado su operación—. Ya nos podemos marchar.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Erika, señalando a Burt.

—Voy a destruir el laboratorio y, naturalmente, el señor Finney se quedará aquí.

A Burt no le gustó el final que Chuang-Tszé le preparaba.

—Eh, Chuang-Tszé —dijo—. Prefiero formar parte de su pandilla. Seguro que no tiene cubierta la plaza de cronista deportivo. Imagino que va a organizar un torneo para destruir el mundo por etapas. Le prometo escribir las mejores crónicas de mi vida.

—Celebro que tenga sentido del humor, señor Finney. La muerte es más dulce cuando se sonríe.

—Magnífico proverbio que, si me permite, escribiré en la cabecera de mi cama.

—No va a tener oportunidad para ello, señor Finney. Atalo, Kung...

El oriental de la cabeza afechinada sacó del bolsillo una cuerda de plástico.

Burt creyó llegado su momento porque Kung había guardado el revólver para atarlo.

Cuando se le acercó, le disparó la derecha a la cara.

Su objetivo era impedir que Kung cayese. Lo quiso atrapar para que le sirviese de escudo contra balas que pudiese escupir la «Luger» del fulano que tenía enfrente. Pero Kung pesaba demasiado y se venció con él hacia el suelo. Entonces, Lex sólo tuvo que levantar el brazo armado y pegar con el cañón del revólver en la cabeza de Finney.

El joven sintió que súbitamente se oscurecía la habitación. Un millar de estrellas se puso a dar vueltas a su alrededor. Otra vez lo volvieron a golpear y se precipitó en un pozo frío.

Un siglo o dos después, empezó a sentir calor.

Abrió los ojos.

Lo habían sumergido en el infierno. Las llamas estaban muy cerca.

Trató de levantarse, pero no pudo. Sus piernas y sus brazos estaban fuertemente trabados. Entonces lo recordó todo. Lo habían dejado allí como paquete y luego habían pegado fuego al laboratorio del doctor Kerr.

Comprendió que de un momento a otro, la casa saltaría en pedazos. Allí había muchas materias para conseguir un buen efecto pirotécnico. Hasta pensó que pudiese haber algún aparato de tipo atómico, y entonces Burt Finney quedaría convertido en nada...

Siguió rodando hasta que tropezó con un cuerpo.

Volvió la cara y vio ante él a aquel hombre, a Perier, el ayudante del doctor Kerr.

También él se estaba moviendo. No lo habían matado a la primera, aunque estaba encima de un chorro de sangre.

—Perier —llamó.

El ayudante levantó la cara con un gran esfuerzo y estremeció los labios sin decir nada.

—Soy Burt Finney...

En aquel momento, Burt oyó pasos y luego una voz femenina lo

llamó por su nombre.

—Burt, ¿dónde estás?

Era Marion...

—Aquí, Marion...

Se dio cuenta que la joven había cometido una locura al meterse en aquel laboratorio que, en unos segundos, haría explosión.

—¡Vete, Marion! ¡Retrocede!...

Pero ya la joven acudía a su lado.

Se inclinó sobre él y se puso a desatarlo.

Burt quedó libre, la tomó por los brazos y la besó en la boca.

—¡Salgamos de aquí cuanto antes! —dijo Marion.

—Este hombre todavía está vivo.

Burt se echó sobre el hombro a Perier, el cual soltó un gemido y se volvió a desmayar.

Se produjo una explosión en el lado opuesto del laboratorio.

Marion dio un chillido porque parte del techo se vino abajo, y brotaron las chispas y cascotes incandescentes.

—¡Date prisa. Marion!...

La joven subió la escalera y Burt se quedó un poco atrás debido a su carga.

Se produjo otra explosión.

Finney escapó por la puerta en el momento en que parte de la escalera se venía abajo.

En pocos instantes, ganaron el vestíbulo.

La joven ya había abierto la puerta de la calle.

Burt se preguntaba si llegarían a salir vivos de la casa.

Las explosiones se sucedían cada vez con más intensidad.

Marion ya estaba en el jardín.

Se oían ya gritos de las personas que se habían percatado de la catástrofe.

Burt apareció con su carga y gritó a la gente:

—¡No se queden ahí!... ¡Apártense todo lo que puedan de la casa!... ¡Es un laboratorio lo que está ardiendo...!

Se produjo un pánico entre los curiosos, quienes echaron a correr.

Marion y Burt los imitaron.

Apenas se encontraban a cincuenta yardas de la casa del doctor Kerr, cuando se produjo una explosión más intensa que todas las

anteriores.

Por un momento, aquel lugar se iluminó como si fuese de día.

Marion se desplomó en tierra gritando.

Burt también se arrojó al suelo arrastrando consigo a Perier.

Infinidad de cascotes cayeron cerca de ellos, aunque ninguno los llegó a tocar.

Burt volvió la cabeza y contempló los restos de la casa del doctor Kerr, minas llameantes.

De pronto, Perier dejó oír su voz.

—Erika...

Marion y Burt se inclinaron sobre él.

—Perier —dijo Burt—. ¿Adonde fueron Chuang-Tszé y la señora Kerr?

—Ella me abandonó...

—Perier, no piense ahora en eso. Tenga en cuenta el peligro que corre la Humanidad... Sólo usted y nosotros podemos salvarla.

—El refugio de Chuang-Tszé.

—¿Dónde está?

—En Escocia.

—¿En qué parte de Escocia?

—No lo dijo. Lugar inhóspito donde los vientos del océano barren la tierra... Allí tienen todos los adelantos... Chuang-Tszé se llevó el cilindro. Nuevo elemento del que brota rayo limpio... Acabará con todo... Lo mismo que acabó con la antorcha de la Estatua de la Libertad... Tienen que impedirlo... Háganlo...

Tras decir eso, Perier exhaló al aire por entre los dientes y dobló la cabeza.

—Ha muerto —dijo Burt.

CAPÍTULO IX

El superintendente de Scotland Yard, Lyonel Reed, golpeó la mesa con un lápiz, después que Burt hubo terminado su relato.

—Ahora comprendo que le hayan dado un premio, señor Finney... Tiene usted un estilo narrativo muy original, y no puedo por menos de preguntarme dónde termina la realidad y empieza la fantasía.

—Sólo he dicho la verdad, señor Reed. Existe un oriental llamado Chuang-Tszé y es él quien tiene ahora el arma destructiva del doctor Kerr.

—Oh, sí, el arma con la que alguien iba a acabar el mundo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, superintendente?

—Desde luego, señor Finney.

—¿Ha recibido noticias de Nueva York? Ya sabe a la que me refiero, al sabotaje de la Estatua de la Libertad.

—Le voy a contestar, señor Finney... Ha empleado usted la palabra justa. Se hizo un sabotaje... Hemos recibido noticias de la policía de Nueva York. Efectivamente, la antorcha de la Estatua de la Libertad saltó en pedazos. Hay que lamentar seis muertos y trece heridos, cuatro de ellos graves... La policía detuvo hace unos días a un hombre blanco y a otro de color que intentaban colocar en la Estatua unos cartuchos de dinamita... Pertenecían a una de las muchas asociaciones racistas que allí existen, y que pretenden lograr sus fines por la violencia.

—Señor Reed, le puedo garantizar que el sabotaje a la Estatua de la Libertad no fue provocado por ninguna asociación americana. Le repito que fue obra de Chuang-Tszé... Fue lo que me dijo Perier antes de morir... He sacado mis propias conclusiones y está claro que Chuang-Tszé quiso hacer una prueba de la potencia del arma descubierta por el doctor Kerr.

El superintendente sonrió.

—Suponiendo que usted tuviese razón, no tenemos ya qué preocuparnos.

—¿Usted cree?

—El laboratorio del doctor Kerr quedó destruido y con él todo lo que allí se encontraba.

—Se equivoca señor Reed, quedó a salvo lo más importante. Un cilindro en el que, según Perier, está el nuevo elemento del que brota el rayo limpio.

—Y según usted, ahora lo tiene ese oriental llamado Chuang-Tszé, y nada menos que en un lugar ignorado de Escocia. En un fantástico refugio.

—Sí, señor Reed. Y ya puede tener la seguridad de que, si no hace todo lo posible por dar con ese lugar cuanto antes muy pronto sufriremos las consecuencias.

—Ah, sí, el *Star* volverá a recibir la llamada telefónica anunciando que acabará el mundo.

—Lo crea o no, todo ha pasado como el señor Adams y yo le hemos dicho.

—Soy un escéptico. Debo serlo en mi profesión, señor Finney.

—Pero un hombre que ocupa un cargo como el de usted, ha de poner límites a su escepticismo. En este caso concreto, existen pruebas que aconsejan nos conceda usted un poco de crédito.

—¿Qué pruebas?... Y no me vuelva usted a repetir lo de los accidentes.

—Voy a dejar a un lado lo de Bombay, lo de Nueva York, lo de El Cairo, y, si usted quiere, lo del incendio del auto francés.

—Es usted muy comprensivo.

—¿Qué me dice del final casi simultáneo de dos sabios que se dedican a la investigaciones relacionadas con la energía lumínica...? Y ya sabe a quiénes me refiero. A los doctores Andrew Wilson y Albert Kerr.

—Quizá sepamos algo cuando el doctor Wilson aparezca.

—Jamás aparecerá, superintendente... Quedó reducido a aquellas cenizas. Lo quiera usted o no.

—¿Y dónde están las del doctor Kerr?

—De él no quedaren ni las cenizas porque se extinguió en la explosión de su laboratorio.

—Muy conveniente para su hipótesis.

—¿Supone que no están relacionadas la desaparición de los dos sabios?... ¿Piensa de verdad que todo ha sido una casualidad?

El superintendente había dejado de sonreír y ahora estaba muy serio.

—Señor Finney, ¿quiere convertirme en el hazmerreír de a Gran Bretaña, o quizá del mundo entero?

—Todo lo contrario, señor Reed... Sólo quiero que sea considerado como el mejor superintendente que haya tenido Scotland Yard.

—Perdone que ría su chiste.

—No era un chiste, señor Reed... Usted tiene miles de le hombres a su disposición...

—Sí, los tengo. ¿Y qué quiere que haga con ellos?

—Que investigue.

—Sé lo que pretende que haga. Quiere que desparrame miles de hombres por Escocia para que encuentren el refugio de Chuang-Tszé... ¿Sabe lo que costará una operación de esa clase?

—No, señor Reed... No le sé.

—Millones de libras esterlinas.

—Sea cual fuera el número de esos millones, resultará un precio barato si conseguimos acabar con Chuang-Tszé y despojarlo del arma que posee.

—No puedo hacer tal cosa. Creerán que estoy loco.

—Imagino que lo hará con cautela, de forma que no se comprenda el carácter de la operación... Podría hacerlo de forma que creyesen están buscando a un delincuente vulgar, al propio doctor Wilson, ya que se desconoce su paradero.

—No puedo movilizar a Scotland Yard por eso... Pero quiero darle una oportunidad, señor Finney... Dispondré de un par de centenas de hombres para esa estúpida investigación por tierras de Escocia.

Burt cabeceó.

—De acuerdo, señor Reed.

—El señor Adams ha quedado libre, aunque tendrá que presentarse ante un tribunal dentro de unos días.

—Gracias por todo, superintendente.

—No me las dé... Salga antes de que me arrepienta.

Marion y Burt se encontraban en el apartamento de John

Adams.

El director del *Star*, salió del cuarto de baño secándose la cabeza con una toalla.

Habían transcurrido catorce horas desde que Burt mantuvo su última entrevista con el superintendente de Scotland Yard, Lionel Reed.

—¿Se sabe algo, Adams? —preguntó Burt.

—Ni una palabra. Hablé con Lionel Reed hace una hora. Sus hombres están batiendo la zona noroeste de Escocia, pero no han encontrado la más insignificante pista que los conduzca al refugio de Chuang-Tszé.

—¿Cuántos hombres realizan ese trabajo?

—Ciento noventa y cinco.

—Muy pocos.

—El superintendente me aseguró que, si esta tarde no han encontrado nada, los retirará de la investigación.

Lilian, la mujer de Adams, salió de la cocina.

Era una mujer pequeña, muy nerviosa.

—Tienen el almuerzo preparado. Despáchenlo antes de que empiecen a hablar de su rayo mágico.

Adams hizo una mueca.

—Ahí la tienen... Tampoco ella lo cree. Si encontramos a Chuang-Tszé, juro que le pediré que haga una prueba con ella...

—Eso es lo que tú quisieras, que desapareciese —contestó Lilian—. Pero, según el último examen de mi doctor, tienes mujer para tiempo.

—Adams —dijo Burt—. Marion y yo estamos de acuerdo en hacer el trabajo.

—¿A qué te refieres?

—Contrata un helicóptero por cuenta del *Star*. Marion y yo viajaremos en él por esa zona de Escocia.

—Eso costaría mucho dinero...

—¿No crees que valdrá la pena?

—Ya llegamos a la conclusión de que Chuang-Tszé debe tener su refugio bajo tierra.

—Sí.

—El helicóptero puede pasar un montón de veces por el lugar donde Chuang-Tszé se encuentra, sin que os percatéis de nada.

—Pero también podemos descubrir algo...

—¿No te he dicho que me llamó el presidente del consejo de administración...? Y ya te puedes imaginar lo que dijo. Si en un plazo de dos o tres días el *Star* no demuestra que teníamos razón, tendré que marcharme a Australia. Mis servicios ya no serán necesarios en el diario.

—Ésa es otra razón para que apruebes nuestro plan. No creo que los hombres de Reed consigan nada.

—La pregunta es si lo vais a conseguir vosotros.

—Pondremos nuestro empeño.

Adams se quedó pensativo unos instantes y luego movió la cabeza.

—Es una locura... Supongamos que apruebo vuestro proyecto. Y también voy a suponer que dais con el refugio de Chuang-Tszé. Está admitido que posee un arma maravillosa, os localizará en pleno vuelo y terminará con vosotros con sólo apretar un botón... No dejará ni rastro de vosotros, con la cual quiero decir que tampoco os podremos enterrar.

—Es posible que ocurra eso y por ello quise ir solo. Pero Marion insistió en acompañarme.

—De modo que lo tenéis en cuenta todo, incluido vuestra transformación en átomos...

—Así es, Adams, ya lo pensamos todo.

—Entonces, yo no tengo nada que oponer. Contrataré en unos minutos el helicóptero, y que Dios os acompañe.

El helicóptero llevaba ya veinticuatro horas sobrevolando el noroeste de Escocia.

El piloto respondía al nombre de Van Jefferson, y era un hombre de unos cuarenta años, de nariz arrugada, muy jovial en su trato.

—Eh, señorita Ratigan, ¿tiene un sándwich de jamón?

—Sí, Van, el último.

—Pues tampoco queda mucho carburante. Sólo para una hora. Tendremos que regresar a la base.

Iban cambiando poco a poco de sitio donde aprovisionarse de carburante. Ahora el lugar donde deberían repostar era Aberdeen.

Dos horas antes habían recibido a través de la radio el último mensaje de John Adams. El superintendente Lyonel Reed había

retirado sus hombres de la investigación.

Burt observaba la tierra con sus prismáticos.

—Este trozo lo hemos visto ya —dijo—. Puedes seguir adelante, Van.

El helicóptero trazó un círculo emprendiendo el rumbo Sur.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —dijo Burt.

—Tendremos suerte —dijo Marion.

—Menos mal que estás tú para darme ánimos.

Ahora el helicóptero estaba sobrevolando un lugar de la costa.

El mar tenía un color feo porque estaba embravecido. El cielo también era gris y caía una fina lluvia.

—Van —dijo la joven—. No creo que Chuang-Tszé tenga un refugio submarino.

El piloto había sido informado de toda la historia relacionada con el trabajo que estaban realizando.

—Sólo vine por aquí porque me gusta contemplar este trozo de mar. Pero en seguida volvemos a tierra firme... Fíjense en ese acantilado. Han sido necesarios millones de años para formarlo.

El acantilado tenía un color oscuro. Miles de gaviotas levantaban el vuelo al paso del helicóptero.

—Ha habido un buen derrumbamiento —dijo Marion.

Dejaron atrás el mar y, de pronto, Burt dijo:

—Eh, Van... Vuelve por donde hemos venido.

—¿Otra vez al mar?

—Sí eso he dicho.

—¿Ha visto algo?

—Es sobre ese derrumbamiento al que Marion se refirió... Parece reciente...

—No, Burt... Este lado de la costa se formó hace muchos siglos..., millones de años. Lo oí decir a un científico...

—Entonces, ¿por qué tiene ese color?

El helicóptero ya había llegado al mar y Burt apuntó con los prismáticos a las rocas que aparecían desmoronadas.

—Es muy raro —comentó—. Si ese alud hubiese ocurrido hace millones de años, el trozo de pared tendría el mismo color del resto de la costa... Sin embargo, es mucho más claro... Elévate un poco más, Van... Si yo tengo razón, se notará la diferencia cuanto más alto nos encontremos.

El aparato se elevó como cosa de doscientos metros.

Marion soltó una exclamación.

—¡Burt, tienes razón! ¡Desde aquí se nota la diferencia sin necesidad de los prismáticos...! ¡Cielos, podría significar que ése es el refugio de Chuang-Tszé...!

—Sí, es posible. Esas rocas habrían sido extraídas para que él pudiese hacer su refugio. Van, comunica con Aberdeen... Da nuestra posición y di que vamos a aterrizar.

—De acuerdo, Burt...

El piloto hizo una pausa.

—Atención..., atención,

HJ-23

llamado a Aberdeen...

Repitió tres veces sus palabras.

—¿Qué pasa, Van? —inquirió Burt.

—Es muy extraño. No contestan...

—Inténtalo otra vez.

Pero los esfuerzos de Van resultaron infructuosos.

—No comprendo lo que pasa, Burt... Este aparato funciona perfectamente.

—Está claro —dijo Burt.

Marion tragó saliva.

—Sé lo que quieres decir, Burt... Alguien ha enmudecido nuestra emisora para que no podamos enviar el mensaje.

—Sí, Marion. Es eso...

—Edil, Burt, ¿ves a alguien por ahí abajo?

Burt utilizó sus prismáticos y miró por entre las rocas y la pared.

—No hay nadie, pero está claro que nos vigilan.

—Nos largaremos de aquí cuanto antes.

—No lo intentes... No nos dejarán escapar...

—¿Qué hacemos entonces?

Burt dio un suspiro y apretó la mano de Marion.

—Ahora me doy cuenta de lo estúpido que fui al consentir que vinieses.

—Ahora ya no hay remedio.

La joven forzó una sonrisa.

—Estoy la mar de tranquila.

Pero no era verdad porque se estremeció de pies a cabeza.

Van arrugó más la nariz.

—Eh, muchachos, estáis hablando como si estuviese próximo el fin de nuestros días.

—Anda, Van —dijo Burt—. Aterrizo donde puedas.

—Está bien, muchachos... Allá vamos...

El helicóptero dio una primera pasada por encima de las rocas.

—Hay un sitio bueno para plantarnos —dijo Van.

El aparato quedó inmóvil unos instantes en el aire, y luego descendió suavemente.

Burt tenía una metralleta en sus manos.

La joven miraba ahora a través de los prismáticos, enfocándolos hacia el acantilado.

—No veo nada sospechoso —dijo.

Las aspas del helicóptero se inmovilizaron.

Se hizo un silencio sólo turbado por el batir de las olas y los chillidos de las gaviotas.

Burt saltó del helicóptero seguido de Marion.

—Quédate con Van.

—Prefiero ir contigo, Burt.

—Es una orden.

—Está bien. Como tú quieras.

Burt trepó por entre las rocas, acercándose a la pared. Ahora ya no tenía duda de que no se trataba de un alud sobrevenido miles de años atrás, sino mucho más reciente.

De pronto oyó una voz.

—Bien venido, señor Finney...

Miró hacia arriba, de donde llegaban aquellas palabras. No había nadie. La bienvenida le había sido dada a través de un amplificador. Pero él había reconocido al hombre que las pronunciaba.

Era Chuang-Tszé, el hombre que estaba buscando.

CAPÍTULO X

—Señor Finney, me ha producido una gran sorpresa —dijo la voz de Chuang-Tszé—. Sinceramente, yo esperaba que usted hubiese muerto en el laboratorio del doctor Kerr.

—Soy como los gatos —gritó Burt—. Tengo siete vidas.

—Pues ahora no tendrá bastante con ellas para seguir viviendo.

—Me temo que es usted un poco fanfarrón, señor Chuang-Tszé... Tengo en mis manos una metralleta, ¿por qué no se deja ver y hablamos de hombre a hombre?

Sonó una carcajada.

—Señor Finney, me informé que le habían dado a usted el «Gran Premio del Humor Negro», y ahora me explico que nunca pudieron elegir a un escritor con más merecimientos.

—Sus palabras me halagan mucho, señor Chuang-Tszé.

—Lo celebro. Ahora baje esa metralleta.

—No, Chuang-Tszé... Es mi instrumento de defensa.

Chuang-Tszé rió otra vez.

—Con su metralleta no puede hacer nada, señor Finney... Ande, dispáre.

Burt ya había localizado el amplificador.

Se echó sobre una roca, resguardándose.

Apretó el disparador y soltó una ráfaga.

Acertó plenamente en el lugar donde debía, porque de la pared saltaron unas piedras, dejando al descubierto unos hilos.

Seguidamente se oyó otra carcajada de Chuang-Tszé, lo cual quería decir que había más de un amplificador.

—Bravo, señor Finney... Podía ganar un concurso del tiro al blanco, pero ya ve que no le sirve de nada... Será mejor que se entregue, ¿o prefiere que le envíe mi rayo?

—Empiezo a pensar que no lo tiene, Chuang-Tszé.

—¿Qué es lo que dice?

—Que por alguna razón no ha podido operar todavía con el descubrimiento del doctor Kerr.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Han pasado ya dos días desde que se hizo usted dueño del invento, y hasta ahora no he recibido noticias de ningún desastre ocurrido en el mundo.

—Tendrá ahora la respuesta, señor Finney...

—Debe ser muy interesante.

—No quiero empezar mi plan hasta tenerlo bien preparado.

—No le creo, Chuang-Tszé.

—Está bien, señor Finney, no me importa que me crea o no. Ahora está en mis dominios. Suelte esa arma. Dos de mis hombres van a bajar por usted.

—Que vengan cuando quieran.

—No trate de hacerles frente, señor Finney.

De pronto se abrió un trozo del muro, un hueco como el de un túnel. Una plataforma salió por aquella boca. En ella viajaban dos hombres. La plataforma se detuvo. Cada uno de los hombres iba armado con una metralleta, como Burt.

De pronto los dos apuntaron hacia abajo y dispararon.

Burt se echó a rodar por la roca, y por fracciones de segundo salvó la vida. Las balas rebotaron allí siguiendo su marcha con agudos silbidos.

Burt quedó boca abajo y entonces envió su respuesta.

Los dos hombres que estaban sobre la plataforma se estremecieron al recibir los impactos de Burt.

Uno de ellos se dobló como partido en dos, y el otro casi fue decapitado.

La plataforma quedó libre de enemigos.

Inmediatamente se oyó la voz de Chuang-Tszé, que no podía contener ahora su ira:

—¿Qué es lo que ha hecho, Finney?

—Yo se lo diré, Chuang-Tszé. He liquidado a sus dos esbirros. ¿Tiene alguien más a quien mandarme?

—Es usted un estúpido, Finney... podía mandarle medio centenar de hombres para acabar con usted. Pero no puedo permitirme el lujo de perder uno más de mis muchachos...

—Ya entiendo, le resulta difícil contratar mano de obra...

—Muy pronto dejará de hacer chistes, Finney...

Hubo un silencio.

Burt se preguntó qué posibilidades tendría de llegar hasta la plataforma. ¿Pero qué podía hacer una vez llegase allí? No. Sus fuerzas eran muy pobres en comparación con las de Chuang-Tszé.

Oyó un grito procedente del lugar en donde había aterrizado el helicóptero. Era Marion.

Se apartó de la roca y echó a correr. Pero tuvo que detenerse al ver la escena que se ofrecía a sus ojos.

Marion había caído en manos de dos hombres. Uno de ellos era Kung, el cual apoyaba su pistola en la cabeza de la joven.

Van estaba tendido en el suelo y parecía sin conocimiento.

Kung sonrió, mientras decía:

—Arroje al suelo esa metralleta, señor Finney...

La joven gritó:

—¡No lo hagas, Burt! ¡Dispara contra nosotros...!

Pero Burt abrió las manos y la metralleta cayó a sus pies.

Se oyó otra vez la voz de Chuang-Tszé.

—¿Qué dice ahora, Finney? Ya se lo advertí... Caería en mi poder en seguida... Y ya ve que no me he entretenido mucho tiempo... ¡Kung, destruye ese helicóptero!

Se produjo una explosión y el aparato se incendió rápidamente.

Van volvió en sí y quedó de rodillas mirando su aparato envuelto en llamas.

—Maldita sea, ¿qué es lo que han hecho?

Burt llegó junto a Marion y la abarcó por la cintura.

—Lo siento, querida. Pero ya no pude hacer más.

—Creo que fuimos un par de locos al pensar que podríamos acabar con Chuang-Tszé.

Se oyó de nuevo la voz de Chuang-Tszé por el amplificador.

—Kung, trae acá a los prisioneros.

—Eh, Burt, mira —dijo Marion.

Estaban sorprendidos. El refugio de Chuang-Tszé era un palacio maravilloso.

Se refería a que, desde el lugar en que se encontraban, podían ver el mar, como si las rocas fuesen de cristal.

—Recuérdame que felicite a Chuang-Tszé por su modernísima técnica de construcción —repuso Burt.

Kung lo empujó clavándole la metralleta en los riñones.

—No os detengáis.

Fueron introducidos en un ascensor, que estaba iluminado con una luz verdosa.

Descendieron unos metros, y cuando la jaula se detuvo pasaron a un corredor, cuyas paredes tenían el color de la esmeralda.

Fueron llevados a una gran sala donde había seis hombres con metralletas. Llevaban trajes negros con un dragón en el pecho, y sus cabezas estaban rapadas. Había tres a un lado y tres a otro, y al fondo se levantaba un trono donde estaba sentado Chuang-Tszé. A su lado, otro sillón era ocupado por Erika, que cubría su hermoso cuerpo con un vestido de oro.

Los prisioneros fueron conducidos ante el trono.

Chuang-Tszé sonrió.

—Ya me encontró, señor Finney.

—No ha sido en las circunstancias que yo hubiera deseado.

—Le comprendo perfectamente, señor Finney... Estas circunstancias no son de su agrado. Usted hubiera preferido que yo me entregase al superintendente de Scotland Yard.

—Confieso que habría sido una escena más hermosa que ésta.

—Pero debe saber perder, señor Finney... A cambio, le informaré que acertó en lo que se refiere al rayo del doctor Kerr... Cometí un pequeño error.

—¿Cuál, señor Chuang-Tszé?

—El cilindro del doctor Kerr no se acopla a mi aparato... He tenido que hacer un reajuste... Mis hombres de ciencia están trabajando en ello. Mañana lo conseguirán...

—Vaya... debo felicitarle. Eso quiere decir que mañana mismo podrá chantajear al mundo.

—Sí, señor Finney... Pero primero haré una exhibición.

—¿Qué quiere decir?

Chuang-Tszé se miró la mano derecha donde exhibía una sortija con un brillante de gran tamaño.

—Quiero demostrar al mundo que no hablo en vano. Sí, señor Finney. Si yo amenazase antes de hacer una exhibición de mi poder, se podría pensar que soy un loco con mucha fantasía... Es lo que le pasó al doctor Kerr cuando anunció a su diario lo que podía hacer con nuestro planeta... Muchas personas se rieron, se burlaron de él

porque no creyeron lo que ustedes publicaron. Eso me ha servido de experiencia.

—¿En qué va a consistir su prueba, señor Chuang-Tszé?

—Llevaré a cabo unas cuantas destrucciones. Serán lugares muy conocidos.

—¿Por ejemplo...?

—¿Quién no conoce la torre Eiffel de París? Es una maravilla.

—Sí, los franceses están muy orgullosos de ella. Lo están tanto, que de vez en cuando se suicidan desde alguna de sus plantas.

—A partir de mañana ya no habrá suicidas.

—No los habrá porque usted se va a cargar la torre.

—Sí, señor Finney.

—¿En qué otra cosa grandiosa ha pensado, señor Chuang-Tszé?

—¿Qué le parece la Torre de Pisa?

—Ya entiendo, está tan inclinada que usted ha decidido hacerla caer del todo...

—Muy ingenioso, señor Finney.

—¿Qué pretende con todo eso, Chuang-Tszé? ¿Que el mundo sepa lo grande que es?

—La tierra vive actualmente en una anarquía. ¿Ha contado alguna vez las naciones que existen?

—No, señor Chuang-Tszé. Mí «*hobby*» han sido las pelirrojas.

—Constantemente hay disputas entre los pueblos.

—Ya, y eso le pone triste porque usted es un hombre caritativo.

—Sí, señor Finney. Cuando el mundo tenga un solo amo, habrá desaparecido el motivo de todas las guerras.

—Si me deja salir un momento de su refugio, lo propondré para el Premio Nobel de la Paz.

—No me gusta que se burle de mis palabras, señor Finney.

—Disculpe, señor Chuang-Tszé, pero usted mismo reconoció que poseía un gran sentido del humor.

—Ha tenido la osadía de atreverse a venir en mi busca, pero no he querido acabar en seguida con ustedes.

—¿Por qué, Chuang-Tszé?

—Es la mar de sencillo, quiero que vean mañana mi primera destrucción. La de la torre Eiffel. Luego ya no habrá ninguna razón para que sigan viviendo. Entretanto, ustedes serán mis huéspedes.

Burt miró a la hermosa Erika.

—La felicito, señora Kerr. Ha subido de categoría.

—Si lo dice por Chuang-Tszé, debo aclararle que nunca fui racista.

—Usted no fue muchas cosas, señora Kerr.

—Cuidado, no se insolente conmigo...

—¿O qué, señora Kerr...?

—Le pediré a Chuang-Tszé que le dedique una muerte especial.

—Es usted muy persuasiva, señora Kerr. Ya estoy calladlo.

Chuang-Tszé dio dos palmadas.

—Lleven los prisioneros a sus habitaciones.

Kung hizo una señal y cuatro de los hombres vestidos de negro flanquearon a los tres cautivos.

Dejaron atrás el salón y salieron a un largo corredor.

Kung abrió una puerta.

—Entre, señorita Ratigan. Contará con dos camareras a su disposición.

Burt palmeó la mejilla de Marion.

—Nena, vas a tener mejor servicio que si te encontrases en el hotel más caro de Londres... Espero que nos veamos pronto.

La joven entró en la habitación que le había sido destinada.

Uno de los hombres que tenía el dragón en el pecho, se quedó guardando la puerta.

La segunda habitación fue destinada a Van.

—Eh, oye, Burt —dijo antes de entrar—. Si estás aburrido, llégate aquí y jugaremos una partida de ajedrez.

—Perdona, pero seguramente estaré comprometido. El señor Chuang-Tszé me necesitará para alguna cosa.

Por fin, Burt fue introducido en su celda. Pero debía admitir que no parecía tal.

Se trataba de una espaciosa habitación, con una cama con capacidad para tres personas.

Cuando hubo terminado su examen, Kung, que había entrado con él, dijo:

—No intente salir de aquí, señor Finley. Tendrá permanentemente un guardián al otro lado de la puerta, como sus compañeros.

—¿Por qué he de tener ganas de marcharme, Kung? Aquí estoy la mar de cómodo, y palabra que me hacían falta unas vacaciones.

Kung soltó una risita y salió de la habitación.

Burt esperó unos instantes y decidió ir a la puerta para abrirla.

Lo haría con suavidad para que el guardián no se diese cuenta.

Luego saltaría él.

Tocó el tirador y una terrible sacudida lo arrojó al suelo.

Sus dientes rechinaron y el cerebro le saltó una y otra vez en la caja.

Poco a poco se fue recuperando.

El tirador le había producido una descarga eléctrica.

Maldijo a Kung por haberle aconsejado que no saliese. ¿Cómo podía salir con aquella barrera eléctrica...?

Encendió un cigarrillo y se tendió en la cama.

Había sido un ingenuo al imaginar que podría acabar con Chuang-Tszé. Al menos, había logrado una cosa: Hallar su refugio.

«Estupendo, Burt, conseguiste eso. ¿Y de qué te ha servido? Ya oíste a Chuang-Tszé. Mañana, cuando sus técnicos hayan acoplado el cilindro que produce el rayo, hará una exhibición del poder que posee. Primero destruirá la torre Eiffel. Eso será algo que nadie podrá impedir. Y luego te habrá llegado el turno a ti. Tendrás, al menos, una hermosa muerte. Podrás decir que primero se derrumbó la torre Eiffel y luego te derrumbaste tú».

—Señor Finney...

Aquella voz también había salido de un amplificador. Pero no era la de Chuang-Tszé, sino la de Erika Kerr.

—¿Me escucha, señor Finney?

—Sí, la oigo, Erika.

—Estoy dispuesta a ayudarles.

—¿Por qué, Erika?

—No puedo decirle nada ahora. Tenga confianza en mí...

Inmediatamente se produjo un silencio.

CAPÍTULO XI

Burt había dormido unas horas.

Lo despertó un zumbido.

—Señor Finney —oyó la voz de Chuang-Tszé—. ¿Me escucha?

—Desde luego. Diga lo que quiera.

—Tengo que darle una agradable noticia.

—De pronto recordó que hoy era su cumpleaños y nos invita a comer su tarta...

—Es algo mejor que eso, señor Finney. Mis ayudantes han superado mi pronóstico.

Burt sintió un escalofrío por la espalda.

Chuang-Tszé dejó escapar una risita por el altavoz.

—Ya se lo imagina, ¿verdad, señor Finney? Mi rayo destructor ha quedado listo. Por eso mi plan ha sufrido una anticipación. Lamento mucho que eso signifique que también su muerte esté más cercana.

—Es usted todo un tipo dando buenas noticias, Chuang-Tszé.

—Prepárese, señor Finney. Dentro de media hora ustedes cenarán conmigo. Y desde luego tendremos un postre especial... Verán desaparecer la torre Eiffel, e inmediatamente les habrá llegado el turno a ustedes... Será un buen final para su aventura.

El altavoz enmudeció.

Burt se levantó de la cama. Frotóse la cabeza, pero no era una pesadilla lo que estaba viviendo. El seguía en aquella habitación que parecía extraída de un cuento de *Las mil y una noches*. Formaba parte del refugio de Chuang-Tszé, socavado en la roca, en un lugar de Escocia que era azotado por los vientos del océano.

Chuang-Tszé ya tenía lista su arma, y en breve plazo, en unas horas, iniciaría su gran chantaje a la Humanidad.

El doctor Kerr había sido un loco, y Chuang también tenía perturbadas sus facultades mentales. Pero, ¿después de todo... no

era eso lógico? El hombre, a lo largo de la Historia, siempre había trabajado por conseguir un arma decisiva y, cuando la tuvo, nunca pasó por su mente destruirla. Siempre la empleó contra sus semejantes.

Era una condición del ser humano, la de pretender esclavizar por la fuerza o la coacción.

Al diablo con sus pensamientos. ¿De qué servían ahora?

Paseó de un lado a otro de la habitación mientras fumaba un cigarrillo.

Erika le había dicho que le ayudaría, pero ¿de qué forma podría burlar la señora Kerr a Chuang-Tszé? Apostó a que Erika tendría muy pocas posibilidades.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió desde fuera.

Kung apareció en el hueco. Con su cabeza rapada y su vestido rojo, parecía un ser de otro planeta. El dragón, marca de la casa, estaba bordado en oro sobre su pecho.

—Tiene que vestirse para la recepción, señor Finney.

—Ya estoy vestido.

—No adecuadamente.

—Lo siento, Kung. Se me olvidó traer equipaje.

Kung se acercó a la pared y debió tocar un resorte porque se abrió un hueco y apareció un armario.

—Póngase el traje verde.

—No sabía que a Chuang-Tszé le gustasen tanto los bailes de carnaval.

—Obedezca...

—Está bien, Kung. Me vestiré de gala. No hay inconveniente.

—Tiene cinco minutos.

Kung salió de la habitación.

Burt sacó el traje verde. Era muy parecido al de Kung, de modo que él también iba a parecer un extraño hombre de tiempos futuros.

El armario tenía un espejo. Se vio reflejado en él. No estaba del todo mal. Ahora le hacía la competencia a *Flash* Gordon, pero echó de menos una de aquellas pistolas con las que el héroe acababa con monstruos antediluvianos y otra clase de enemigos.

Kung apareció de nuevo, y al verlo sonrió.

—Venga conmigo, señor Finney.

Van Jefferson también salió de su habitación. Su traje era de un

color morado.

—Eh, Burt..., ¿crees que nos van a mandar a la luna?

—Un poco más lejos...

—No seas pesimista, hombre.

En aquel momento apareció Marion seguida de dos mujeres que debían ser sirvientas.

La joven exhibía un modelo más apto para una bayadera, ya que el vestido se componía de dos piezas.

A Burt nunca le había parecido tan hermosa, y sintió que se le anudaban las tripas pensando que ella también estaba en poder de Chuang-Tszé.

Kung, al lado de los tres cautivos, dijo:

—Vamos, no podemos hacer esperar a Chuang-Tszé.

Burt tomó en el camino la mano de Marion y la apretó.

Ella lo miró a los ojos y le dirigió una sonrisa.

—No tengo miedo, Burt —dijo.

El salón del trono donde Chuang-Tszé los había recibido por primera vez estaba preparado para el banquete.

Ya había una docena de comensales. Seis hombres y seis mujeres. Ellos eran todos orientales, como Chuang-Tszé y Kung, pero ellas pertenecían a todas las razas. Sólo tenían en común denominador, su gran belleza y hermosura. Y todas vestían igual que Marion.

Al fondo había un enorme gong servido por un negro que sólo se cubría con un taparrabos de piel de leopardo.

Kung señaló el lugar donde Marion y sus dos compañeros debían sentarse.

Luego, el negro del taparrabos blandió una maza con la que golpeó el *gong*.

Chuang-Tszé apareció por el fondo, llevando a su lado a Erika. Flanqueaban a ambos una veintena de hombres.

—Todos en pie para recibir al gran Chuang-Tszé —ordenó Kung.

—Esto me está cansando —dijo Van.

Burt le contestó por la comisura de los labios:

—Tendrás que estar preparado para aprovechar cualquier oportunidad.

Chuang-Tszé y Erika ocuparon la cabecera.

Chuang-Tszé dirigió una mirada a derecha e izquierda.

—Hoy es un gran día para mí. Vosotros, mis fieles servidores, estáis muy cerca de recibir el premio que os prometí... Seréis mis representantes en los distintos lugares de la Tierra, que muy pronto el gran Chuang-Tszé gobernará desde este lugar. Al término de la cena, realizaremos el primer experimento. Ahora, comamos para que podamos disfrutar felizmente de la sobremesa.

Se describió una cortina y apareció una orquesta que hizo tañir sus instrumentos. Dos esbeltas y hermosas bailarinas se pusieron a contorsionarse. Inmediatamente una legión de camareras, vestidas muy sucintamente, desfilaron por la mesa con grandes fuentes repletas de manjares.

Burt cambió una mirada con Erika, pero ella estaba muy seria y apartó los ojos.

Terminada la cena, Chuang-Tszé anunció:

—Ha llegado el gran momento.

Todos se pusieron en pie.

—Pasaremos a la otra sala —dijo Chuang-Tszé y dio su brazo a Erika.

Sus invitados los siguieron.

Burt soltó una maldición cuando vio que los guardianes, al mando de Kung, iban tras ellos.

La sala a la que se refirió Chuang-Tszé era un maravilloso laboratorio, que más parecía formar parte de una época futura.

Los aparatos eran muy parecidos a los que tenía el doctor Kerr pero estaban mejor conseguidos.

La pantalla era enorme y circular.

—Por ser el primer ensayo, voy a manejar yo el tablero de mandos —dijo Chuang—. El resto del trabajo será cuenta de mis fieles servidores.

Se apartó de Erika la cual retrocedió unos pasos, quedando delante de Burt y de Marion.

Chuang-Tszé tocó varios botones.

En la pantalla circular aparecieron unas ondas, que, poco a poco, fueron dando paso a una imagen. Primero, ésta fue borrosa, pero se fue aclarando hasta que apareció la torre Eiffel.

—Es hermosa, ¿verdad...? —dijo Chuang-Tszé—. Quiero que vean el experimento en toda su belleza.

Las luces de la sala se oscurecieron.

Burt volvió la cabeza y vio a Kung y sus hombres. Cada uno de ellos manejaba una metralleta.

De pronto sintió que una mano lo tocaba.

Era Erika.

Buscó aquella mano.

Erika le estaba dando una pistola.

—Eh, usted —dijo de pronto Kung.

Burt sintió un escalofrío porque Erika retiró inmediatamente la mano, llevándose la pistola.

—Me estoy refiriendo a usted, señor Jefferson —explicó Kung—. No se mueva del sitio.

Burt dio un suspiro de alivio.

Chuang-Tszé dejó oír su voz:

—Acabaremos con la torre Eiffel de una sola explosión... Será justamente en su base, y toda ella se desplomará... Atención voy a empezar la cuenta. Diez, nueve, ocho...

Burt apretó los dientes porque Erika no le daba la pistola.

Deseó acercarse a ella, pero no podía hacerlo porque Kung los vigilaba atentamente.

Ahora sintió otra vez el contacto de la pistola. Movi6 la mano con mucha rapidez para apoderarse de ella. Ya la tenía.

—Cinco..., cuatro...

Burt se apart6 de Marion y se abalanz6 sobre Chuang-Tszé.

Lo atrap6 por el cuello y le apart6 el brazo del tablero de mando.

—¡Kung! —gritó Chuang-Tszé.

Burt apoy6 el cañ6n de la pistola en la nuca del oriental.

—Si alguien se mueve, le vuelo los sesos, Chuang...

—¡Quieto. Kung...! —orden Chuang.

—Así est6 mejor —dijo Burt—. Van..., atrapa dos metralletas.

—Ya las tengo. Burt —repuso Van, y le pas6 una de las armas.

Chuang-Tszé respiraba entrecortadamente.

—Oiga. Finney... No hace falta que siga adelante. Desde ahora trabajará a mis órdenes...

—No, gracias...

—Será el segundo hombre más importante en el universo, después de Chuang-Tszé... Se lo prometo, Burt...

—Saque el cilindro.

—¿Qué dice...?

—Ya lo ha oído, saque el cilindro del doctor Kerr... Tiene diez segundos para hacerlo... Si titubea, le juro que aprieto el gatillo.

Chuang-Tszé abrió un compartimento del tablero de mandos y sacó el cilindro.

Erika se adelantó.

—Yo me haré cargo de él, Burt.

Chuang-Tszé le dirigió una mirada de odio.

—¡Perra traidora...! Tú le diste esa pistola.

—Te odio, Chuang-Tszé, eres un tipo repugnante... Tuve que soportarte estos días... Cuando salga de aquí me lavare el cuerpo con tierra.

—¿Qué salida hay aquí, Erika? —inquirió Burt.

—Chuang-Tszé cuenta con un helicóptero... Es una especie de plataforma que sale al aire. Conozco el camino para llegar allí.

—Usted viene con nosotros, Chuang —dijo Burt—. Si alguno de sus hombres intenta algo, se reunirá con sus antepasados, Chuang...

El último en retroceder fue Van, protegiendo el grupo con su metralleta.

Echaron a correr por un pasillo y entraron en un ascensor, el cual fue puesto en movimiento por Erika.

De pronto, el ascensor se detuvo. La propia Erika había accionado para ello.

—¿Qué pasa? —dijo Burt.

Erika abrió la puerta.

—Me falta por hacer algo —dijo.

Chuang-Tszé trató de abalanzarse sobre ella.

—¡No lo hagas, Erika! —gritó.

Burt detuvo a Chuang-Tszé con la amenaza de su pistola.

Erika salió del ascensor. Frente a ella había una puerta por donde desapareció.

Chuang-Tszé se apoyó en la pared murmurando palabras ininteligibles.

Erika regresó al cabo de dos minutos. Ya no traía el cilindro. Levantó la barbilla y dijo:

—Dentro de cinco minutos sobrevendrá una explosión. Se hundirá el refugio de Chuang-Tszé y también desaparecerá el descubrimiento de mi marido...

—¡No puedes hacer eso! —gritó Chuang-Tszé.

—Hemos empezado a consumir los cinco minutos —contestó Erika, cerrando la puerta del ascensor.

Salieron de allí el aire libre.

Erika, en el mismo ascensor, apretó un botón y en la tierra se produjo un hueco. Salió una plataforma sobre la que descansaba un helicóptero.

Pero junto al aparato había cuatro hombres provistos de metralletas.

Finney y Jefferson enviaron ráfagas de plomo.

Los cuatro hombres se contorsionaron, derrumbándose en el suelo antes de que pudiesen utilizar sus armas.

Chuang-Tszé saltó sobre Erika y quizá no se dio cuenta de que estaba muy cerca del vacío.

Erika lanzó un grito.

Burt se revolvió para acudir en su ayuda, pero ya era demasiado tarde.

Erika y Chuang-Tszé se precipitaron en el abismo. La caída fue pespuntada por el largo alarido que salió de la garganta de Chuang-Tszé.

Marion se cubrió la cara, horrorizada.

Burt se asomó al precipicio, y, tras mirar al fondo, dijo:

—Ya nada podemos hacer por ellos.

—Eh, Burt —exclamó Jefferson—. Ahí vienen.

Por uno de los lados del acantilado apareció Kung, seguido de otros tres hombres.

Burt y Van pusieron en marcha otra vez sus metralletas.

Kung cayó al suelo cosido a balazos.

Los hombres que le seguían tuvieron el mismo final.

—¡Van, Marion...! —gritó Burt—. Subid al helicóptero... Yo me reservaré para el final... Apenas contamos ya con un minuto...

Van y Marion le obedecieron.

El piloto puso en marcha el motor.

Burt envió una última ráfaga hacia sus enemigos y corrió al helicóptero.

Apenas estuvo dentro, Van elevó el aparato.

—Aléjate cuánto puedas —gritó Finney.

El aparato trazó un círculo y emprendió la carrera hacia el

océano.

Apenas se habían alejado, cuando oyeron una sorda explosión.

El acantilado empezó a desplomarse con un gran estruendo.

Van elevó el helicóptero.

Sobrevino otra explosión, más grande que la anterior y otro trozo de la montaña se desgajó hacia el mar.

Una nube de polvo se fue elevando hacia el cielo.

Burt y sus dos compañeros asistían mudos a la escena. Finalmente, todo acabó.

Burt dijo:

—Vamos a casa, muchacho.

John Adams, el director del *Star*, observaba las fotografías que sus enviados especiales habían sacado del acantilado en donde Chuang-Tszé tenía su laboratorio.

Entre los escombros habían aparecido restos de lo que había sido su hermoso palacio, así como de instrumentos de alta precisión.

Lyonel Reed, el superintendente de Scotland Yard, estaba sentado frente a Adams.

También había otras personas en el despacho, Marion, Burt y Jefferson.

—Ya vi todo eso —dijo Lyonel Reed—. Y le felicito por su buen trabajo.

—Gracias, superintendente, es usted muy amable —repuso Adams.

—Scotland Yard ha retirado todo lo que tenía contra ustedes. — Se puso en pie—. Pero óiganme bien. Ninguno de ustedes logrará convencerme de que el mundo estuvo a punto de llegar a su final, ¿lo oyen bien...? ¡Ninguno!

Luego, muy flemático, salió del despacho de Adams.

Marion se echó a reír.

—Nunca los convenceremos, Burt.

—Sin embargo, ya ves lo que son las cosas. Yo me convencí de que puedo conformarme con una sola mujer.

Atrapó a Marion por la cintura y la besó en la boca.

Uno de los teléfonos de la mesa de Adams se puso a sonar.

—¿Sí? —dijo el director por el micro.

—Soy yo, Lilian...

—¿Qué te pasa, mujercita...?

—Se te olvidó traerme el café, no me echaste la carta al correo, no me arreglaste la máquina de coser, y también se te olvidó...

John apartó el auricular y dijo:

—Eh, muchachos, ¿qué combinación hay para llegar a ese lugar inhóspito de Escocia, solitario y batido por los vientos del océano...?

FIN

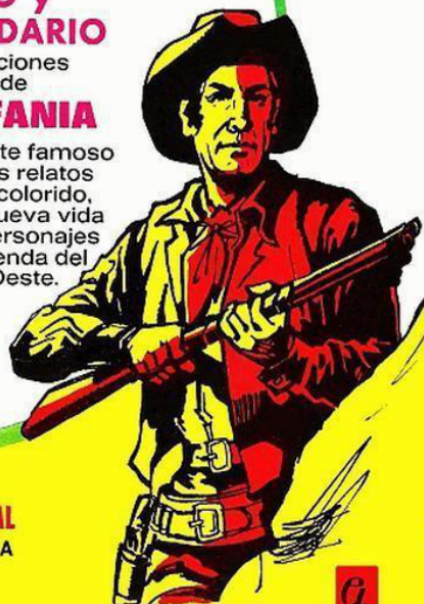
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

